

EN LA IGLESIA DEL CONCILIO

UISG BOLETÍN

NÚMERO 150, 2012

INTRODUCCIÓN	2
MUJERES DEL CONCILIO <i>Adriana Valerio</i>	4
AMAR A LA IGLESIA <i>Cardenal Godfried Danneels</i>	9
NAVEGANDO POR LOS CAMBIOS <i>Hna. Pat Farrell, OSF</i>	19
¿NOVICIOS? ¿QUÉ NOVICIOS ? <i>Jean Claude Lavigne, OP</i>	29
SED COMPASIVOS COMO VUESTRO PADRE ES COMPASIVO <i>P. José Antonio Pagola</i>	37
TALITHA KUM. DEL LADO DE LAS MUJERES <i>Entrevista a la Hna. Estrella Castalone, FMA</i>	44
LA VIDA DE LA UISG	47

A los 50 años del Vaticano II, la historiadora y teóloga **Adriana Valerio** nos presenta una breve pero interesante crónica de las 23 mujeres que participaron en el Vaticano II. *Mujeres en el Concilio* nos informa sobre las personas y las posibles razones de haber sido invitadas, así como de su influencia en los diferentes documentos. Su presencia fue algo más que simbólica como se pretendía y nos dejaron su huella.

El **Cardenal Danneels**, con una mente preclara y la sencilla sabiduría que dan los años, nos propone un modo de *Amar a la Iglesia* en medio del secularismo que tanto impacta a los creyentes. Con gran realismo insiste en que la Iglesia es “negra pero hermosa” y nos invita a una mirada profunda al Misterio que la constituye, hasta hacernos descubrir a María como la portadora del profundo humanismo que la impregna. Ser leales para con la Iglesia “no significa ignorar sus defectos, sino serle fiel a pesar de ellos”, aceptar los diferentes tipos de sensibilidades y mantenernos en la esperanza hasta la muerte.

Las palabras que la **Hna. Pat Farrell**, Presidenta de la LCWR, dirigió a las superiores mayores reunidas en asamblea pocos meses después de haber recibido la valoración doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe, destilan calidad humana y evangélica. *Navegar por los cambios* es como un pequeño tratado para avanzar en medio de las actuales dificultades: desde la contemplación, desde una voz profética, desde la solidaridad con los marginados, desde la comunidad, desde la no violencia y desde una vida gozosamente esperanzada.

La pregunta que el dominico **Jean Claude Lavigne** se hace va más allá del título *¿Novicios? ¿Qué novicios?*, pues lo que plantea es el futuro de nuestras congregaciones a partir del “injerto” en ellas de diferentes tipos de jóvenes. Presenta seis tipos de jóvenes que pueden acercarse a las distintas congregaciones. En cada uno de ellos subraya lo que los jóvenes pueden aportar y el reto que plantean a las congregaciones en su formación si pretenden llegar a un buen resultado del injerto. Con apertura al dinamismo de lo nuevo pero sin renunciar a los elementos esenciales de la vida religiosa.

A partir de la compasión como modo de ser de Dios, **José Antonio Pagola** desentraña el imperativo evangélico *Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*. “La compasión no es una virtud más, sino la única manera de parecernos a Dios”. Y a partir del testimonio de Jesús, se nos propone la compasión, no como un sentimiento sino como un estilo de vida

que lleva a interiorizar el dolor ajeno y dejarlo penetrar en las entrañas hasta que se convierta en un principio de acción. La compasión nos lleva a seguir radicalmente a Jesús.

Por último la **Hna. Estrella Castalone** nos presenta como experiencia el proyecto *Talithakum* contra la trata de mujeres y niños que la UISG puso en marcha en 2009. Es una red que conecta y coordina a unas 600 religiosas que están trabajando contra la trata en más de 84 países.

**ASAMBLEA PLENARIA
DE LA UISG
ROMA 3-7 MAYO 2013**

“No ha de ser así entre vosotros” (Mt 20,26).
El servicio de la autoridad según el evangelio

***INSCRIPCIONES HASTA EL
31 DE ENERO 2013***

Adriana Valerio

*Adriana Valerio, historiadora y teóloga, enseña Historia del cristianismo y de la Iglesia en la Universidad Federico II de Nápoles. Es una de las fundadoras de la Coordinación de las Teólogas Italianas y trabaja desde hace más de veinte años localizando fuentes y testimonios con el fin de reconstruir la memoria de las mujeres en la historia del cristianismo. En el presente artículo, resume el contenido del último libro suyo publicado: Adriana Valerio, *Madri del Concilio. Ventitré donne al Vaticano II*, Carocci, Roma 2012.*

Original en italiano

El martes 8 de septiembre de 1964, en la sala de audiencias de Castel Gandolfo, Pablo VI anunciaba oficialmente la presencia de auditoras en el Concilio, y el 25 del mismo mes entraba en el aula conciliar la primera mujer, la francesa *Marie-Louise Monnet*, fundadora del Movimiento Internacional de Apostolado de los Medios Sociales Independientes (MIAMSI).

De septiembre de 1964 a julio de 1965 fueron convocadas 23 auditoras en total: 10 religiosas y 13 laicas, elegidas las más de ellas según criterios de internacionalidad y de representatividad. He aquí los nombres de las religiosas, por orden de llamamiento:

1. la estadounidense *Mary Luke Tobin* (Hermanas de Loreto), presidenta de la Conferencia de Superioras Mayores de los Institutos Religiosos Femeninos de América;
2. la egipcia *Marie de la Croix Khouzam* (Hermanas egipcias del Sagrado Corazón), presidenta de la Unión de las Religiosas de Egipto;
3. la libanesa *M. Henriette Ghanem* (Sagrados Corazones de Jesús y de María de Beirut), presidenta de las Superioras Mayores Maronitas;
4. la francesa *Sabine de Valon* (Sagrado Corazón), superiora general de las religiosas del Sagrado Corazón y presidenta de la Unión Internacional de las Superioras generales (UISG);
5. la alemana sor *Juliana Thomas* (Pobres Esclavas de Jesucristo), secretaria general de la Unión de las Superioras de Alemania;

6. la francesa *Suzanne Guillemin* (Hijas de la Caridad), superiora general de las Hijas de la Caridad;
7. la española *Cristina Estrada* (Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús), superiora general de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús;
8. la italiana *Costantina Baldinucci* (Hermanas de la Caridad de Santa Bartolomea y Santa Vicenta Gerosa, más conocidas como Hermanas de la Virgen Niña), presidenta de la Federación Italiana de Religiosas Hospitalarias
9. la estadounidense *Claudia Feddish* (Hermanas de rito bizantino de la Orden de san Basilio), superiora general de la Orden de las Hermanas Basilianas;
10. la canadiense *Jerome M. Chimy* (Hermanas Esclavas de María Inmaculada de rito bizantino-ucraniano), superiora general de las Hermanas Esclavas de María Inmaculada.

Como se puede observar en esta breve lista, los criterios de selección respondían a varias motivaciones. Si algunas de las auditoras religiosas fueron convocadas en función del mencionado criterio de internacionalidad y representatividad – pienso por ejemplo en las religiosas del Sagrado Corazón y en las Hijas de la Caridad, dos congregaciones presentes en el mundo de forma densa y significativa – para otras, como las Hermanas de la Virgen Niña, pesó un motivo personal, la estrecha relación de Pablo VI con esta comunidad, que asumía su cuidado personal en el Vaticano; además la superiora, Costantina Baldinucci, era presidenta de la Federación Italiana de Religiosas Hospitalarias, con lo cual representaba al mismo tiempo un organismo nacional. Para otras, uno de los elementos que entraron en juego fue la representatividad de un continente; me refiero a Mary Luke Tobin, entonces presidenta de la Conferencia de Superioras Mayores de los Institutos Religiosos Femeninos de Norteamérica. Para otras más, como la egipcia Khouzam y la palestina Ghanem, prevaleció el criterio de la representación de otros ritos (copto, maronita, greco-melquita, sirio, armenio, caldeo) presentes en difíciles países de misión. También Feddish y Chimy fueron convocadas como representantes de comunidades de rito bizantino: Claudia Feddish fue solicitada por el cardenal Josyf Slipyi, potente voz de la “Iglesia del silencio”, y Jerome Chimy por el cardenal Gustavo Testa, Secretario de la Sagrada Congregación para las Iglesias de rito oriental. Más difícil de explicar resulta la elección de Thomas y Estrada. Juliana Thomas, secretaria general de la Unión de las Superioras de Alemania, fue quizá convocada por la relevancia de las religiosas del área alemana, y también en consideración a la persecución que sufrió su Instituto durante el nazismo; en cuanto a Cristina Estrada, el motivo fue, creo, su personalidad y sus conocidos: era una mujer enérgica y decidida,

apreciada en el Vaticano por haber cedido a la Santa Sede una vasta propiedad de su congregación donde fue construido el Policlínico Gemelli de Roma.

Como anotaba “L’Osservatore Romano” del 24 de septiembre de 1964,

“El número de auditoras puede parecer restringido si pensamos en la multitud de religiosas de todo tipo y órdenes existentes; pero no deja de ser un símbolo que demuestra cuánto aprecian y honran el Papa y la Jerarquía el servicio que tan generosamente prestan a la Iglesia.”

Las laicas convocadas fueron:

1. la francesa Marie Louise *Monnet*, presidenta del Movimiento Internacional del Apostolado de los Medios Sociales Independientes;
2. la española *Pilar Bellosillo*, presidenta de la Unión Mundial de las Organizaciones Femeninas Católicas;
3. la australiana *Rosemary Goldie*, secretaria ejecutiva del Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los Laicos;
4. la holandesa *Anne-Marie Roeloffzen*, secretaria general de la Federación Mundial de la Juventud Católica Femenina;
5. la italiana *Amalia Dematteis*, viuda de Cordero Lanza di Montezemolo, presidenta del Patronato de Asistencia Espiritual de las Fuerzas Armadas;
6. la italiana *Ida Marengi-Marengo*, viuda de Grillo;
7. la italiana *Alda Miceli*, presidenta del Centro Italiano Femenino;
8. la estadounidense *Catherine McCarthy*, presidenta del Consejo Nacional de las Mujeres Católicas;
9. el matrimonio mexicano *Luz María Longoria* y *José Álvarez Icaza Manero*, presidentes del Movimiento de la Familia Cristiana;
10. la argentina *Margherita Moyano Llerena*, presidenta de la Federación Mundial de la Juventud Católica Femenina;
11. la uruguaya *Gladys Parentelli*, presidenta del Movimiento de la Juventud Agraria Católica Femenina;
12. la alemana *Gertrud Ehrle*, presidenta de la Federación Alemana de las Mujeres Católicas;
13. la checoslovaca *Hedwig von Skoda*, presidenta de los Equipos Internacionales de Renacimiento Cristiano.

También en la selección de las laicas intervinieron motivaciones diferentes; se buscó ante todo garantizar la presencia de asociaciones internacionales representativas de amplias y diversas áreas del mundo (Europa, América del Norte y América Latina, Australia). Las excepciones a ese

criterio fueron las dos viudas de guerra (Cordero Lanza di Montezemolo y Grillo), invitadas como expertas de la vida y símbolos del sacrificio de las mujeres durante las guerras mundiales¹; la baronesa ciega Hedwig Skoda, invitada por explícita petición del cardenal de Praga, Josef Beran; y Gertrud Ehrle, cuya presencia fue reclamada no sólo por el cardenal Agostino Bea, sino también por el fuerte episcopado alemán. Todas pertenecían a la nobleza excepto las dos viudas de guerra, la viuda McCarthy y Luz María Álvarez Icaza, convocada junto con su marido José como matrimonio.

A esas auditoras hay que añadir una veintena de mujeres convocadas como “expertas” por sus competencias específicas y profesionales, como la economista *Barbara Ward*, experta internacional en cuestiones relacionadas con el hambre en el mundo, *Patricia Crowley*, una autoridad en el tema del control de la natalidad, o *Eileen Egan*, no-violenta y pacifista, consultada sobre problemáticas vinculadas a la guerra.

Para muchos de los padres conciliares, la participación de las auditoras revestía un carácter más bien simbólico; en realidad, fue mucho más que simbólica, por su aportación determinada y competente a los trabajos de las comisiones.

Su presencia, aunque circunscrita a las dos últimas sesiones del Concilio, la tercera (14 de septiembre – 21 de noviembre de 1964) y la cuarta (14 de septiembre – 8 de diciembre de 1965), fue particularmente vivaz y significativa, dejando huellas importantes en los documentos conciliares.

La influencia de las auditoras es perceptible principalmente en dos de ellos, en cuya elaboración trabajaron desde las subcomisiones: la constitución *Lumen Gentium*, que subrayó el rechazo de cualquier discriminación sexual, y la *Gaudium et Spes*, en la cual emerge la visión unitaria del hombre/mujer como “persona humana” y la igualdad fundamental de ambos. Consta la intervención autorizada de algunas auditoras (por ejemplo Rosemary Goldie, Pilar Bellosillo y Suzanne Guillemin) para que la afirmación de la dignidad de la persona superase cualquier consideración específica de la feminidad, que no ha de ser tratada como un tema aparte, separadamente, sino liberado de cualquier connotación restrictiva o limitación. La primacía de la igualdad fundamental conferida por el bautismo a las personas creyentes les otorga a todas, por consiguiente también a las mujeres, el principio de la corresponsabilidad apostólica. Los laicos, hombres y mujeres, no están relegados a la pasividad y a la mera receptividad, puesto que reciben un rol activo e importante en la Iglesia.

Tuvo gran importancia igualmente la superación de la tradicional visión contractual y jurídica del matrimonio al redescubrir el valor esencial del

amor conyugal, fundado en “una íntima comunión de vida y de amor”. En ese ámbito, la contribución de Luz María Álvarez Icaza y su marido José en la subcomisión de la *Gaudium et Spes* fue determinante para el cambio de actitud de los obispos en cuanto al sexo en las relaciones conyugales, considerado no ya como un “remedio a la concupiscencia”, vinculado al pecado, sino como expresión y acto de amor.

Mencionemos igualmente la valiosa contribución de la economista Barbara Ward al debate sobre la presencia de la Iglesia en el mundo, y su empeño para que la Iglesia resultara creíble en sus declaraciones sobre el problema de la pobreza y la cuestión del desarrollo humano.

También las religiosas auditoras desempeñaron un papel importante en la puesta en marcha del “aggiornamento” de la vida religiosa, alimentando procesos de innovación y experimentación. Se esforzaron por centrar de nuevo la vida religiosa en Cristo y su mensaje, mediante el retorno a las fuentes bíblicas y litúrgicas; subrayaron la dignidad personal de cada miembro de la comunidad, realzando la especificidad y el valor del ser mujer; apostaron por una nueva actitud de las religiosas frente al mundo, al cual debían abrirse para contrarrestar tantos problemas, aún no erradicados, de justicia, paz y libertad.

Podemos concluir, por consiguiente, que el alcance de la participación de las mujeres al Concilio fue mucho más amplio de lo que dejan suponer las pocas citas explícitas presentes en los documentos. Significó una nueva metodología, de escucha y diálogo, en la aproximación a los problemas de la humanidad, revalorizando la dignidad de cada uno, reconociendo en todos los bautizados la participación en la misión profética, real y sacerdotal, abriendo nuevos espacios de responsabilidad y colaboración en el seno de la Iglesia, sin distinción de sexo, etnia o cultura. El Concilio no quiso definir, sino abrir ventanas a un mundo en transformación, pidiendo a la Iglesia que se renovara y se actualizara.

1 Según “L’Osservatore Romano” del 24 de septiembre de 1964 (p. 2), las viudas de guerra fueron invitadas para rendir particular homenaje a “las mujeres que por su luto y dolor son una elocuente condena de la guerra y son, al mismo tiempo, símbolo de las aspiraciones más profundas de la humanidad a una paz justa y cristiana.”

Cardenal Godfried Danneels

El Cardenal Godfried Danneels es arzobispo emérito de Malines-Bruselas. Ha sido también hasta 2010 presidente de la Conferencia episcopal belga. Fue creado Cardenal por el Papa Juan Pablo II en el consistorio del 2 de febrero de 1983.

Original en francés

Siempre que pienso en la Iglesia – hace ya más de 50 años que estoy a su servicio – me viene a la mente el conocido fragmento del *Cantar de los Cantares*: “*Negra soy, pero agraciada, hijas de Jerusalén [...] No os fijéis en que estoy morena: es que el sol me ha quemado. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas, ¡mi propia viña no la había guardado!*”². Amo a la Iglesia, aunque a veces me ha puesto a prueba, como a todos. Ocurre, sobre todo cuando consideramos globalmente su historia desde hace dos mil años, que la encontramos “negra”. Pero es hermosa. Hay que descubrir su belleza, desde dentro. En cada siglo de su historia ha sido hermosa y al mismo tiempo, por tener que “guardar las viñas”, el sol la ha quemado; siempre ha sido así. La Iglesia ha conocido momentos difíciles y momentos de gloria. Cuando sufre, por ejemplo en épocas de martirio, la vemos empapada de sangre, pero es hermosa. Las apariencias engañan; sólo se puede comprender a la Iglesia a partir de una especie de segunda percepción que completa la mirada humana. Por eso nosotros cristianos percibimos la belleza de sus sufrimientos y heridas y nos extrañamos cuando las cosas van demasiado bien – como en la época de Constantino, cuando la Iglesia iba haciéndose más y más poderosa –. En nuestros días, tenemos la misma impresión : la Iglesia es negra y, al mismo tiempo, es hermosa.

Tiempo de prueba

Si nos atenemos a lo que dicen la prensa y los medios de comunicación, está claro que subrayan ante todo los defectos y cicatrices de la Iglesia.

Sin embargo, no faltan actualmente en ella aspectos muy positivos. En

cuanto a la Biblia, por ejemplo: hace apenas cincuenta años no se leía, mientras que ahora muchos cristianos tienen la Biblia en casa (la leen o no). También la Palabra de Dios que nos propone la Liturgia en las celebraciones dominicales ha cambiado con respecto a hace cincuenta años; antes del Concilio apenas se escuchaba a san Juan, mientras que ahora las lecturas provienen de prácticamente todos los libros de la Biblia. En cuanto a la participación de los laicos, el camino recorrido es increíble. Otra cosa muy notable estos últimos años es el sentido de la interioridad y el retorno de la espiritualidad – palabra repetida casi hasta la saciedad : se habla de la espiritualidad del empresario, del horticultor, del deportista... tanto como de la espiritualidad de las abadías, que siguen llenas, al menos sus hospederías – . Es cierto que ya en los años 20 el célebre Romano Guardini señalaba “el despertar de la Iglesia en las almas”³ como una experiencia generalizada. Y ampliamente refrendada, pues en 1943 Pío XII publicó la encíclica *Mystici Corporis* sobre el cuerpo místico de Cristo, iniciando así un periodo espiritual muy fecundo: la Acción Católica por ejemplo, en pleno florecimiento entonces, estaba inspirada por un profundo sentido de la Iglesia. Pero poco después del Concilio, pareció como si esa percepción de la Iglesia que había « despertado en las almas » volviera a esfumarse. Hoy en día, hay que ser valiente para amar a la Iglesia y reconocer su belleza. En realidad, el sufrimiento de esta Iglesia “quemada por el sol” es siempre misterioso. Seguro que a veces lo ocasionamos nosotros mismos. Pero ¿podemos explicar el sufrimiento de la Iglesia únicamente por nuestros fallos? Reconozcamos nuestra resistencia a la idea de que, tanto en el mundo como en nosotros, ocurren cosas bellas. Tendemos secretamente a denigrar lo bueno, es como un reflejo que llevamos dentro a causa del pecado original. No obstante, algo misterioso ocurre: al justo lo persiguen por ser justo. La Biblia llega incluso a decir en el libro de la Sabiduría que el justo ha de ser probado, le tienden trampas para hacerlo caer⁴. Yo creo que, aunque todos los miembros de la Iglesia – el Papa, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y religiosas del mundo entero – fueran perfectos, no reconoceríamos a la Iglesia como perfecta. Hay algo en nosotros y en el mundo que se resiste a ello.

Decimos fácilmente que las cosas van mal hoy en día en la Iglesia, pero yo me pregunto cómo se sentía la Iglesia, cómo se sentían los cristianos en el siglo XVI. La división interna debió suponer un choque enorme de inseguridad y dolor en cada parroquia. Aunque la situación ha evolucionado, no deja de ser verdad que actualmente la institución está en crisis. Quizá algunos aspectos institucionales no estén aún en crisis, pero la autoridad por ejemplo es rápidamente interpretada como opresión; hablamos mucho de lo social, pero somos muy individualistas, incluso en espiritualidad: “entre mi Creador y yo no hay intermediarios; sé cómo debo comportarme con Dios, la Iglesia no tiene por qué decírmelo”. Observemos también nuestro miedo a afirmar lo

que sea; siempre lo hacemos con un “quizá”, porque si afirmamos claramente las cosas los demás lo interpretarían como arrogancia. Quien lleva a cabo con cierta convicción la predicación o el anuncio es tachado de intolerante: “¿con qué derecho me hablas de algo “verdadero”? Yo tengo derecho a mi propia verdad; debes respetarme y por consiguiente callarte.”

Por otra parte, los conceptos habitualmente manejados no son aplicables sin más a la Iglesia, son como confecciones prêt-à-porter en las cuales se siente incómoda⁵. Por ejemplo, cuando se habla de autoridad, la Iglesia afirma: la autoridad es el servicio; cuando se habla de dirigir, la Iglesia replica: es amar. Cuando la Iglesia habla de la ley, es para manifestar que la ley suprema es el amor. La participación no excluye en la Iglesia la autoridad de la jerarquía, la democracia no es aplicable tal cual: los cometidos de unos y otros no pueden contrarrestar la responsabilidad de los obispos y del Papa.

El misterio de la Iglesia

Pero todas esas consideraciones se sitúan a un nivel todavía superficial. La verdadera razón de nuestras dificultades es que ha ocurrido en la historia de los hombres algo inaudito, impensable: Dios se ha hecho pequeño, Dios que es tan grande, majestuoso, sabio, poderoso, se ha hecho hombre. Estamos tan acostumbrados a decir que “Dios se ha hecho hombre en Jesucristo” que no nos damos cuenta de lo absurda que puede resultar la afirmación. En nuestros días son muchos, entre ellos los judíos, los que no pueden aceptar que Dios se haya hecho hombre, y tan pequeño. Es el misterio de la Encarnación. Las otras religiones hablan generalmente de un dios inconsistente o lejano, de una especie de energía vital. En el valle del Nilo, en Assuan, Luxor o Karnac, encontramos enormes estatuas talladas en la roca, estilizadas, hieráticas, con la mirada perdida más allá del Nilo e incapaces de hablar, como dice un salmo. Pero nuestro Dios, que es tan grande, se ha hecho muy pequeño. Y la Iglesia participa de ese misterio: es al mismo tiempo inmensamente importante y muy humana – demasiado humana, diría Nietzsche –.

La Iglesia es a la vez visible e invisible, pero en la Iglesia lo invisible se hace visible: está ahí donde el sacerdote y la comunidad se reúnen, como en el día de Pentecostés. Sólo podemos comprender a la Iglesia si disponemos de una especie de órgano capaz de percibir a la vez lo visible y lo invisible. Necesitamos los ojos humanos y la mirada de la fe; la Iglesia es incomprensible sin esa mirada de fe. Por eso decimos en el Credo: “creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica”.

Como la Iglesia es tremendamente visible, pensamos: bonitas palabras, pero ¿son verdad? Dios, Cristo, la Iglesia, los sacramentos, la jerarquía, la eucaristía... cuanto más se acerca uno a todo ello – y la eucaristía está tan

cerca, sobre el altar – más difícil resulta creer. En un proceso de conversión, primero se encuentra uno con Dios, después con Cristo, después con la jerarquía, con los sacramentos y finalmente con la eucaristía. Y cuando se pierde la fe, se sigue el mismo proceso en sentido contrario. Empieza uno por no creer en la eucaristía, después en la jerarquía, en la Iglesia, después en Cristo y finalmente se hace uno ateo, no cree en Dios. Por otra parte, cuando queremos hablar de la Iglesia, a la vez visible e invisible, los conceptos resultan insuficientes. Son siempre precisos, concretos a veces, pero significan una sola cosa. Y cuando se habla de la Iglesia, hay que tener en cuenta lo visible y lo invisible. ¿Cómo expresar dos verdades a la vez? Sólo las imágenes poseen la capacidad de sugerir varias cosas al mismo tiempo. Si designamos el agua con un concepto unívoco, diremos H₂O. Pero esto no nos dice la frescura del agua. Ahora bien, en la Biblia y también en los sacramentos, el agua sugiere dos cosas diferentes y opuestas: es al mismo tiempo fecunda, porque da la vida, y mortífera, porque podemos ahogarnos en ella. Ejerce sobre nosotros atracción y repulsión, nos habla a la vez de muerte y de vida. Bautizar en agua significa al mismo tiempo morir al pecado y recibir la gracia, la vida.

Así pues, cuando hablamos de la Iglesia, no basta con mencionar: institución, jerarquía, autoridad; estos conceptos son insuficientes. Hay que echar mano también de imágenes muy corrientes: el arca de Noé, el diluvio, la creación, los cuatro ríos del paraíso... o de imágenes tomadas de la vida rural: el rebaño, las ovejas, el pastor; la Iglesia como campo de Dios, huerta de Dios... o de imágenes de la construcción: la Iglesia como Templo, casa de familia, ciudad, una ciudad por cierto donde se vive gustosamente, como dice el salmo... o bien de imágenes del matrimonio, como el hombre y la mujer, el esposo y la esposa: la Iglesia es “la esposa de Cristo”. Es decir que no podemos hablar de la Iglesia sin imágenes, excepto cuando debemos racionalizar las cosas. Pero no bastará con leer un manual de teología para sentir lo que es la Iglesia, tendremos que servirnos de imágenes, como lo hacían los Padres de la Iglesia y san Pablo antes que ellos.

No sirve de nada soñar con una Iglesia perfecta. Hay que dejarle su lado humano. Es desagradable, muchas veces por culpa nuestra. Que resulte difícil creer en la Iglesia invisible, es algo que he vivido con frecuencia. Sin embargo, aunque es “negra”, es “bella”. Esta Iglesia, que comete estas faltas, es la Iglesia de Cristo. Sí, es difícil creerlo. Pero ¿es más fácil creer en Cristo? Desengañémonos : en Cristo encontramos el mismo misterio de lo visible y lo invisible. ¿Cómo puede ser que Dios hable arameo? ¿Cómo es que vino hace dos mil años y no ahora, en la era de Internet ? ¿Por qué tantos viajes más allá de los mares y tantos siglos hasta que el Evangelio alcance los confines de la tierra? No lo sé. Seguramente a san Pablo también le llevó

tiempo discernir la Iglesia invisible. Cuando leemos sus primeras cartas, como la 1ª a los Corintios, vemos que estaba muy ocupado con lo que pasaba en aquellas “parroquias” de Corinto, Tesalónica y Roma. Siempre está bregando con urgencias, podríamos decir que tiene los problemas de un cura, que debe solucionar tantas cosas. Y sólo cuando se encuentra cautivo, mucho más tarde, cuando ya no puede hacer gran cosa, escribe las cartas a los Efesios y a los Colosenses donde mira más allá, con una mirada más profunda – sobre todo en la carta a los Efesios –, donde habla de la Iglesia como esposa de Cristo. Pablo tuvo que envejecer para darse cuenta de que lo esencial en la Iglesia es invisible. Quizá también en nuestras vidas, el momento en que nuestra mirada se hace más interior es cuando nos hacemos viejos...

Cuerpo místico

En definitiva, ¿por qué es tan fuerte a veces el ensañamiento contra la Iglesia y la religión (sobre todo contra la Iglesia)? Creo que sólo se explica porque resulta perceptible que, tras esa fachada visible con tantos defectos, hay algo más fuerte. Si la Iglesia y la fe fueran una quimera, ¿por qué matar a tantos cristianos, uno cada cinco minutos actualmente? Es que algo mucho más importante está detrás de lo visible: la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo.

Lo cual no quiere decir que sea un cuerpo irreal, imaginario. “Cuerpo místico” significa que entre lo de abajo y lo de arriba, entre lo visible y lo invisible existe una unión misteriosa. No es alegórica, no es metafórica, no es una simple comparación con el cuerpo, ni un cuerpo moral, ni una agrupación en torno a la persona histórica de Jesús. No diluyamos la realidad del Cuerpo místico en lo imaginario. “Místico” significa que hay una unión misteriosa entre Cristo resucitado, Hijo de Dios, y su Iglesia. Estamos convencidos de que, aunque ciertamente la Iglesia no se confunde con Cristo, son inseparables uno de otra, y no hay que diluir el Cuerpo en una alegoría imaginaria. Cada vez que topamos con un defecto, con algo que va mal, con faltas o deficiencias, pues lo que debemos hacer es renovar nuestra fe en la Iglesia – lo cual no supone que cerremos los ojos a esas faltas –.

Nuestra Madre

Quizá el nombre más bello de la Iglesia sea el de “Madre”. Una madre da la vida. Necesitamos una madre. En algunas épocas hemos conocido tendencias, sobre todo protestantes, a reducir prácticamente la fe a la filosofía. Los grandes pensadores alemanes del siglo XIX por ejemplo, en la línea de Hegel, han encerrado a la Iglesia en el ámbito de la ideología. Pero “las ideas no tienen madre”, como decía K. Rahner; son productos de la mente, les falta

algo carnal, algo profundamente cordial. Es posible que no seamos tan conscientes como debiéramos de lo que el catolicismo, al aceptar la misión de la Madre de Dios en la Redención – y no solamente su misión de madre biológica de Jesús – aporta a nuestra religión. La palabra “calor” es quizá la más indicada para evocar ese aspecto maternal de la humanidad del catolicismo. Puede haber exageraciones en el espíritu de algunos fieles para quienes, diríamos, María hace sombra a Cristo. Pero gracias a María, el catolicismo ha perseverado en un profundo humanismo.

Si no comprendemos la maternidad de la Virgen María, jamás comprenderemos bien a la Iglesia. Los que no aman a la Iglesia no aman a María. Y cuando alguien ama verdaderamente a la Iglesia, siempre o casi siempre es mariano. El amor mariano y el amor a la Iglesia son amores del mismo tipo: integran el cuerpo y el corazón junto con el espíritu. Probablemente esto sea cierto de todas las Iglesias, pero la Iglesia católica en particular tiene algo especialmente femenino. De hecho, en muchos idiomas, el término “Iglesia” es femenino. Hay en ella como una feminidad maternal, con una profundidad y un calor inexplicables sin la Virgen María. Y eso es magnífico. Me encuentro a gusto en esta Iglesia donde existe tal sentimiento profundo de maternidad, de feminidad, de finura, de calma, de comprensión, de consuelo, que subraya siempre lo positivo de las cosas; que no sólo da la ley, sino que abre las puertas de la nueva misericordia. Dios es misericordia y Cristo también, por supuesto, pero “Madre de misericordia” es el título de gloria de la Virgen María.

Hombre o mujer de Iglesia

Existe también un tipo de personas a quienes llamamos, en el mejor sentido de la palabra, hombres o mujeres de Iglesia. El *homo ecclesiasticus* es un tipo de hombre – o de mujer – inmediatamente reconocible. Cuando se le dice a alguien: “Bienaventurados los pobres, los mansos, los que son perseguidos por la justicia; bienaventurados los pacíficos, los limpios de corazón...” y estas palabras le hacen vibrar, ahí tenemos a un cristiano. Porque, por naturaleza, no amamos la pobreza y diríamos más bien: “Bienaventurados los ricos, los que tienen razón, los que dicen: hay que actuar, y no tener tanta paciencia; hay que hacer triunfar nuestra causa, y no dejar que nos persigan”. Pero el cristiano es la persona de las Bienaventuranzas, que vibra cuando ve ese mensaje realizado en san Francisco de Asís. Es la persona que tiene lo que yo llamaría necesidades de segundo grado, latentes. La necesidad de poseer, de saber, de mandar, etc. son necesidades de primer grado. Pero hay otras necesidades que están digamos por debajo de la epidermis y que nos hacen felices, como lo fue san Francisco de Asís. La pobreza comunica una alegría

de segundo grado que hay que saber despertar.

Ser un hombre o mujer de Iglesia es también dar muestras de gran lealtad para con ella. Lo cual no significa ignorar sus defectos, sino serle fiel a pesar de ellos. Una lealtad que no suponga ningún esfuerzo no es una verdadera lealtad, sino una tendencia natural, o casi. Estas personas aman la historia de la Iglesia, y sin nostalgia de una supuesta edad de oro, consideran esa historia con cierta emoción. No estudiamos suficientemente la historia de la Iglesia. Al margen de las Cruzadas o de la Inquisición, hay momentos increíblemente fuertes. Por ejemplo, cuando san Bernardo entró en la abadía de Cîteaux con treinta personas de su familia. Eran nobles caballeros que habían visto de todo en la vida. Pocos años más tarde, al morir san Bernardo, había en Europa más de mil abadías fundadas o inspiradas por él. En la misma época, los grandes místicos de la Edad Media, muchas veces mujeres, nos legaban una literatura increíble... No nos detenemos suficientemente en la historia de la Iglesia porque algunos de sus episodios son “negros”. Pero también los hay “bellos”, y deberíamos conocerlos mejor.

Tradición y magisterio

El hombre o la mujer de Iglesia tiene pues el sentido de la tradición, y también el sentido del magisterio. Recuerdo al Papa Juan Pablo II. Algunas veces, cuando iba a verlo, siendo yo aún joven, me atrevía a decirle: “Santo Padre, hay que reconocer que ciertas cosas van mal”. Y Juan Pablo II no respondía; escuchaba y después, cuando yo terminaba de hablar, decía: Mmm, Mmm, Mmm... Le entendía decirme con su gesto (nunca me lo dijo verbalmente): a éste le queda todavía mucho por aprender. Juan Pablo II era inmensamente accesible. Podía uno decirle todo y, al final, él contestaba misteriosamente : Mmm, Mmm, Mmm...

Un hombre o mujer de Iglesia ama también a los Padres. Para Newman, los Padres de la Iglesia son “madres” antes que “padres” en la fe: “En esta Iglesia de los Padres reconocí a mi Madre espiritual... Las renunciadas de sus ascetas, la paciencia de sus mártires, la valiente determinación de sus obispos, el gozoso ímpetu de su caminar hacia delante me exaltaban y me confundían a la vez”⁶. Esto lo escribe siendo aún anglicano, antes de su conversión. ¿Por qué los Padres de la Iglesia? Primero, porque vivieron más cerca del Señor que nosotros. No enfocaban a la manera de los exégetas modernos la comprensión de los textos sagrados. Pero tenían un sentido de las imágenes que nosotros hemos perdido. En sus catequesis mistagógicas explican, a propósito del bautismo por ejemplo, que cuando Moisés golpeó con su báculo las aguas amargas y éstas se volvieron dulces, ese báculo era ya el madero de la cruz. O que la Iglesia está representada por el arca de Noé bamboleándose

sobre las aguas. O que el ramo de olivo simboliza la victoria de Cristo sobre el diluvio. Todas las figuras del Antiguo Testamento que encontramos en las catacumbas, en los mosaicos de las grandes basílicas romanas, en los baptisterios, son una lectura de esos signos desde la fe. Necesitamos desde luego una introducción para saborear el encanto de los Padres de la Iglesia, pero son los padres y madres de nuestras almas, los padres y madres de la Iglesia.

Abierto a todos

Un miembro de la Iglesia tiene también una sensibilidad solidaria, humilde, es capaz de gran comprensión. A veces, cuando ocurren cosas insólitas en la Iglesia, me entran ganas de imitar a Juan Pablo II: Mmm... No es que lo apruebe todo. Pero somos humanos, y la Iglesia es humana. Cuando uno ama a la Iglesia, acepta las diferencias de mentalidad y de sensibilidad. En la Iglesia hay espacio para Pedros y Pablos, Juanes y Santiagos, Andreses y Felipes, con sensibilidades y mentalidades diferentes, pero que integran todos la Iglesia. Pedro es necesario para darle estabilidad; es el timonel del barco. No todos han de ser timoneles, pero hace falta que uno lo sea. Pablo es todo lo contrario: es la adaptabilidad de la Iglesia, que permite otear siempre los signos de los tiempos y captar rápido: ésto es lo que tenemos que hacer. Así es Pablo, tan diferente de Pedro. San Juan es quien da calor a la Iglesia, es el fuego, la llama, la oración. Juan es necesario. Hay también Santiagos en la Iglesia: diríamos que son los que han estudiado derecho canónico. La Iglesia tiene necesidad de reglas. No es un aspecto entusiasmante y puede convertirse en algo tedioso si proliferan; pero también Santiago es necesario. Con Andrés y Felipe entramos en la logística, son ellos quienes encuentran los panes y los peces que el Señor multiplica; son ellos quienes conducen los griegos a Jesús, antes de la Pasión. Un hombre de Iglesia respeta a los Pedros, Pablos, Juanes, Felipes, Andreses... En la Iglesia hay diferentes tipos de personas y sensibilidades, teológicas o de otros ámbitos, todos necesarios.

Amor a los sencillos y ante todo, esperanza

Un hombre o mujer de Iglesia es también alguien que comprende a los más sencillos de la Iglesia, a esos que van en peregrinación a Montaigne, a [Lourdes, Guadalupe o Aparecida], mostrando ostensiblemente su fe sencilla. Un día, en un lugar de peregrinación donde había un espacio para poner las intenciones, vi dos papeles pegados uno al lado del otro. En el primero ponía: "Virgen María, devuélveme a mi marido", una petición seria. Y en el otro: "Virgen María, mi perrillo se escapó, hazle volver": algo muy diferente, pero ¡tan sincero! Un hombre de Iglesia respeta ese tipo de cosas, estima la piedad

popular y a veces se une a ella.

Se preguntan algunos si la Iglesia toma siempre las decisiones correctas. Quizá no, pero Dios escribe derecho con renglones torcidos. En todo caso, la Iglesia no rasga la túnica sin costuras, como tampoco lo hicieron los soldados al pie de la cruz. El hombre de Iglesia no se sitúa en oposición, no dificulta la unidad de la Iglesia; no porque haya que asumirlo todo “en aras de la paz”, sino porque conviene estar siempre habitado por la esperanza, en nuestro puesto de marineros. Un marinero no pierde nunca la esperanza de llegar a buen puerto, aunque el horizonte parezca retroceder más y más. Puede uno perder la fe, y eso es grave, pero también puede recuperarla, cosa frecuente hoy en día. ¡Cuántas personas redescubren la fe a los 40 ó 50 años! Se fueron, y cuando su hijo hace la primera comunión, vuelven. Cuando uno ha perdido la fe, digamos que es como una arritmia del corazón, como una extra-sístole; dolencia desagradable, pero no mortal. Cuando uno pierde la caridad es más grave, digamos que es como un infarto, aunque hoy abundan los que salen de un infarto. Pero cuando uno pierde la esperanza, es como un paro cardíaco, es la muerte. Por eso Satán tienta siempre a los santos al final de su vida no contra la fe o la caridad, sino contra la esperanza, como le pasó a santa Teresa de Lisieux, probada al final de su vida por la dificultad de creer en la vida eterna. Por algo decimos en el *Dios te salve, María*: “ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Cuando yo era pequeño, pensaba: morir queda muy lejos, ¿por qué decimos “y en la hora de la muerte”? En la novela de Bernanos *Diario de un cura rural*, la gran prueba del joven sacerdote es que pierde totalmente la esperanza. Al final del libro vemos que, gravemente enfermo y de camino al médico, debe detenerse en casa de un amigo secularizado. Ahí muere, en la cama de su amigo, que relata poco después al cura de Torcy: “Justo antes de morir le oí decir: ‘Todo es gracia. Creo’”. Estas palabras son una cita de la joven santa Teresita, que las pronunció al comprender que posiblemente moriría sin poder recibir los últimos sacramentos.

Conclusión

Podemos terminar con la célebre frase de Juana de Arco ante sus jueces. Esa joven iletrada dijo cosas magníficas, en particular: “A mi entender, Nuestro Señor y la Iglesia son una misma cosa, y no hay por qué poner dificultad en esto”. Sí, podemos amar a la Iglesia en todos los tiempos, como lo manifestó el Cardenal de Lubac en un estupendo libro suyo, redactado en un momento en que la Iglesia le había prohibido enseñar:

Es posible que muchas cosas nos decepcionen en el contexto humano de la Iglesia. También es posible que seamos profundamente

incomprendidos en ella, sin que haya culpa por nuestra parte; que, en su propio seno, tengamos que sufrir persecución. No es inaudito, aunque debemos evitar pensar con presunción que tal es nuestro caso. La paciencia y el silencio amoroso serán entonces la mejor actitud... pensemos que la Iglesia nunca nos ofrece mejor a Cristo que en estas ocasiones en que nos ofrece configurarnos a su Pasión... Seamos felices si adquirimos entonces, al precio de la sangre de nuestra alma, esa experiencia íntima que dará eficacia a nuestras palabras cuando tengamos que sostener a un hermano vacilante, diciéndole con san Juan Crisóstomo: “No te separes de la Iglesia. Nada es más fuerte que la Iglesia. Tu esperanza es la Iglesia; tu salud es la Iglesia; tu refugio es la Iglesia. Es más alta que el cielo y más ancha que la tierra. No envejece jamás, su vigor es eterno.”⁷

¹ Conferencia (cuyo estilo oral hemos conservado) pronunciada en la sesión sobre el mismo tema que tuvo lugar el 12 de junio de 2011 en el Centro de espiritualidad Notre-Dame de la Justice, Rhode-Saint-Genèse. Agradecemos al Cardenal y a las organizadoras que nos hayan autorizado su publicación.

² Traducción de la nueva Biblia de Jerusalén.

³ «Un acontecimiento religioso de gran alcance está ocurriendo: la Iglesia conoce un despertar en las almas». Así comenzaba un artículo suyo en la revista

Hochland, publicado en 1921 y retomado en *Vom Sinn der Kirche* 1, 1922.

⁴ Sg 2, 12 s.

⁵ Por ejemplo, según escribe Merleau-Ponty en “Fe y buena fe”, el cristiano, por más que sea un “mal conservador”, no deja de ser un “revolucionario poco seguro” (*Sens et non sens*, 1948, 315-316).

⁶ *Apologia pro vita sua*, ediciones Ad Solem, Ginebra, 2003, p.166.

⁷ *Méditation sur l'Église*, 184 s.

NAVEGANDO POR LOS CAMBIOS

Hna Pat Farrell, OSF

La Hna. Pat Farrell, franciscana y presidenta de la LCWR (Leadership Conference of Women Religious), que agrupa el 80% de las superiores mayores de Estados Unidos, después de haber discernido la “valoración doctrinal” recibida de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigió estas palabras finales a novecientas hermanas, reunidas en asamblea el 10 de agosto de 2012 en St Louis, Missouri.

Original en inglés

Discurso de la Presidenta a la Asamblea de la LCWR (7-10 agosto 2012).

El discurso que voy a ofrecerles no es el que había previsto. Después de la serenidad contemplativa que caracterizó la asamblea del verano pasado, había pensado sencillamente desarrollar, desde el punto de vista de nuestra vida religiosa contemporánea, algunos aspectos de la novedad que Dios sigue suscitando; porque, en verdad, hemos percibido cosas nuevas. No imaginé que hablaría de la valoración doctrinal.

¡Pero un cambio de rumbo ha intervenido de forma patente! Un movimiento importante, en la Iglesia y en el mundo, ha aterrizado sobre la LCWR. Vivimos un tiempo de crisis, lo cual constituye un motivo de esperanza. Como bien ha dicho nuestra conferenciante principal, Barbara Marx Hubbard, la crisis precede a la transformación. Parece como si una transformación eclesial, e incluso cósmica, estuviera despuntando. La valoración doctrinal recibida nos ofrece la oportunidad de contribuir a su alumbramiento. No hemos suscitado esta controversia. Pero tampoco creo que nos haya tocado por casualidad. No; hay muchos acontecimientos convergentes que nos han preparado para ello. La visita apostólica reavivó la solidaridad entre nosotras. La reflexión contemplativa de nuestro grupo hizo madurar nuestra capacidad espiritual. Se acerca el 50 aniversario del Concilio Vaticano II; para nosotras, que lo tomamos tan en serio y fuimos formadas por él, ¡es un acontecimiento realmente importante! Todo ello nos conduce a ver con impresionante claridad que el momento actual es muy diferente. Me doy cuenta de que estos días mi oración toma con frecuencia el tono de las lamentaciones. ¡Sí, el rumbo ha cambiado! Y aquí estamos, en el

ojo del huracán eclesial, bajo la luz de los reflectores y con los micrófonos apuntando a nuestras bocas. ¿A qué estamos invitadas, qué oportunidad debemos aprovechar, qué responsabilidad debemos asumir? La Declaración sobre nuestra misión nos recuerda que el tiempo de que disponemos es sagrado, que la autoridad que se nos confiere es un don, que los desafíos que nos retan son bendiciones.

Creo que sería un error darle demasiada importancia a la valoración doctrinal. No podemos dejar que acapare en exceso nuestro tiempo y nuestras energías, que nos distraiga de nuestra misión. No es la primera vez que una forma de vida religiosa choca con la Iglesia institucional, ni será la última. Hemos conocido la visita apostólica de la Comisión Quinn, las intervenciones del Vaticano con la CLAR y los Jesuitas. Muchos de nuestros fundadores y fundadoras lucharon durante largo tiempo para obtener la aprobación canónica de sus institutos. Algunos de ellos fueron silenciados o excomulgados. En el caso de Mary Ward y Mary McKillop, fueron canonizadas después. Hay como una tensión existencial inherente a las funciones complementarias de la jerarquía y de los religiosos, y es poco probable que desaparezca. En un mundo eclesial ideal, estos diferentes roles permanecen en tensión creativa, respetándose y apreciándose mutuamente, en diálogo abierto, para la edificación de toda la Iglesia. La valoración doctrinal parece indicar que hoy no estamos viviendo una situación eclesial ideal.

Creo por otra parte que sería un error darle demasiada poca importancia a la valoración doctrinal. Su impacto histórico es obvio para todas nosotras. Lo evidencia el cuidado con que los miembros de la LCWR han reaccionado o han evitado reaccionar, esforzándose por hablar todas con una sola voz. Lo hemos percibido en conversaciones privadas con sacerdotes u obispos, preocupados por el tema. Lo hemos visto en la oleada de apoyo que nos ha llegado de nuestros/as hermanos/as religiosos/as y de laicos/as. Está claro que comparten nuestra inquietud por la intolerancia frente a opiniones divergentes, aunque emanen de conciencias bien formadas; por el papel restringido que continúa siendo adjudicado a la mujer. Les cito estas líneas de una de las numerosas cartas recibidas: “Me dirijo a usted porque observo lo que sucede en este momento crucial de la historia espiritual del planeta. Creo que todos los fieles católicos debemos unirnos a sus esfuerzos, y que esta crisis ha de ser tratada como el catalizador que desencadenará en el siglo 21 un debate abierto y una corriente de aire fresco sobre todas las vidrieras del país.” Sí, creo que lo que está en juego es considerable. En todo ello, no podremos avanzar sino con veracidad e integridad. Esperemos hacerlo de forma que contribuya al bien de la vida religiosa en el mundo y a la curación de esta Iglesia fragmentada a la que tanto amamos. No es sencillo. Caminamos en la cuerda floja. Afortunadamente, caminamos juntas. A la luz de las palabras de Barbara Marx Hubbard, es fácil

ver que el momento atravesado actualmente por la LCWR es como el microcosmos de un mundo en evolución; que está anidado en el amplísimo cambio de paradigma que hoy conocemos. El derrumbamiento y el alumbramiento cósmico que experimentamos sitúa nuestra crisis en ese contexto más amplio. Muchas instituciones, tradiciones y estructuras parecen declinar. ¿Por qué? Creo que los fundamentos filosóficos de la actual forma de abordar la realidad se desploman. El individualismo, el patriarcado, la mentalidad mezquina y la rivalidad no benefician a la familia humana. El mundo está superando las visiones dualistas (superior / inferior, ganar / perder, bueno / malo, dominación / sumisión). Emergen en su lugar la igualdad, la comunión, la colaboración, la sincronía, la expansión, la magnanimidad, la plenitud, la reciprocidad, el conocimiento intuitivo y el amor.

¡Por más que resulte doloroso, este cambio de rumbo es una buena noticia! Anuncia un futuro preñado de esperanza para nuestra Iglesia y para el mundo. Es una etapa normal de la evolución, que de ninguna manera niega o menosprecia lo que ha precedido. Tampoco tenemos por qué temer el movimiento cataclísmico de esa espiral de cambio que gira en torno a nosotros. Basta con tomar conciencia de ello, entrar en ese movimiento y dejarse llevar por él. Verdaderamente, la creación entera gime y sufre los dolores de un parto grandioso. Y el espíritu de Dios sigue aleteando sobre el caos, como bien lo expresa el conocido poema de Christopher Fry:

*“El corazón humano es capaz de recorrer hasta el final
el camino de Dios.*

*Aunque haga frío y sea de noche,
esto no es el invierno.*

*La miseria helada acumulada durante siglos se fisura,
se rompe, se mueve.*

El trueno resuena sobre los hielos.

Deshiela, diluvia, irrumpe la primavera.

Bendito seas, Señor, ha llegado nuestra hora:

el mal se yergue frente a nosotros por doquier,

y no desaparecerá hasta que no demos

el mayor paso espiritual que se haya dado jamás;

los desafíos de hoy son tan grandes como el alma humana.

Adentrémonos en la exploración de nuestro Dios...”

Christopher Fry, A Sleep of Strangers

Quisiera sugerir algunas formas de navegar por los pequeños y grandes cambios que experimentamos. Desde el futuro, Dios nos llama. Estoy segura de que se está gestando una nueva irrupción del Reino de Dios. ¿Cómo disponernos

a ello? Quizá encontremos respuestas en nuestro ADN espiritual. Ciertas herramientas que nos han ayudado durante siglos siguen siendo, desde mi punto de vista, instrumentos capaces de orientarnos actualmente. Veamos algunos, considerando sucesivamente cada uno de ellos.

1. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde la contemplación

¿Cómo avanzaremos si no es desde una oración profunda? El principio y el fin de nuestra vocación, de nuestra vida, es el deseo de Dios; nuestra existencia se va desarrollando como una unión progresiva al misterio del Dios que nos atrae. Su Presencia es nuestra verdadera morada. El camino de la contemplación, por el cual nos hemos ido adentrando juntas, es el que con mayor seguridad nos guía por sus designios desconocidos. En situaciones sin salida, sólo el espacio de la oración queda abierto a la irrupción de lo que quiere manifestarse. Hoy estamos en una situación sin salida. Pongamos nuestra sabiduría en común. Sabemos que germina silenciosamente, lo hemos visto durante las seis semanas siguientes a la publicación de la valoración doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Sepamos esperar hasta que Dios nos haga capaces de un conocimiento más profundo... “*Señor, nos vacías para que podamos llevarte dentro, y continuamente nos llenas para poder vaciarnos de nuevo. Doblega nuestra rigidez y danos el vigor necesario para recibirte sin oponer resistencias y llevarte con una gracia más profunda.*” (Jan Richardson)

La pradera es una buena imagen de la contemplación. Las raíces de la hierba que la cubre son muy profundas. La hierba de las praderas enriquece la tierra, a ella se debe la fertilidad de las Grandes Planicies (*Great Plains*). Sus raíces profundas oxigenan el suelo y al descomponerse generan un humus rico y fértil. Es interesante saber que una pradera sana necesita ser quemada de vez en cuando. El calor del fuego y la combustión de la hierba son necesarios para que afloren a la superficie los nutrientes de las raíces profundas, que alimentarán los nuevos brotes. Esto me recuerda otra comparación parecida. Existe en Australia una especie de eucaliptos cuya semilla sólo germina cuando hay incendios forestales. El calor intenso fisura la envoltura de la semilla, permitiéndola brotar. Tal vez haya también en nosotras profundos repliegues del ser que sólo se activan cuando se arrancan las capas más superficiales. La noche oscura nos poda y nos purifica; tanto la contemplación como los conflictos nos remueven para darnos fecundidad. Y como la quema de la pradera hace aflorar a la superficie la energía almacenada en las raíces, de la contemplación surge una acción fecunda. Es semillero de vida profética. En la contemplación, Dios nos moldea y nos vigoriza para que podamos responder a las necesidades actuales.

2. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde una voz profética

La vocación a la vida religiosa es profética y carismática por naturaleza, ofrece un estilo de vida alternativo al de la cultura dominante. El Concilio

Vaticano II, al que tanta atención prestamos, nos urgió a responder a los signos de los tiempos. Las religiosas de los Estados Unidos, durante estos cincuenta años, hemos intentado hacerlo y ser una voz profética. Sin embargo, es algo que no está garantizado simplemente en virtud de nuestra vocación. La profecía es a la vez un don de Dios y el resultado de una ascesis exigente. Sin un arraigo suficientemente profundo en Dios, sin una lectura de la realidad suficientemente clara, no seremos voz de la conciencia. No es difícil identificar la auténtica voz profética. Tiene la frescura y la libertad del Evangelio, es abierta y toma el partido de los que no tienen voz. En la voz profética resuena la osadía de la verdad. La reconocemos con frecuencia en los cuestionamientos del poder establecido, en los desvelamientos del dolor humano y de las necesidades que han quedado sin respuesta. Reacciona contra las estructuras que excluyen a unos y benefician a otros. La voz profética apremia a la acción y al cambio.

Volviendo a los grandes y pequeños cambios de nuestro tiempo, ¿cómo sería una respuesta profética a la valoración doctrinal? Creo que sería humilde, pero no servil; arraigada en la conciencia de lo que somos, pero no farisaica; sincera, pero mansa y sin miedos. Haría preguntas oportunas: ¿se nos está invitando a una purificación conveniente, y estaríamos dispuestas a ella? ¿traduce esta valoración cierta inquietud, o es una tentativa de control? La inquietud nace del amor e incita a la unidad. La tentativa de control mediante el miedo y la amenaza sería un abuso de poder. La legitimidad institucional que nos confiere el reconocimiento canónico, ¿nos capacita para vivir proféticamente? ¿nos permite formular con libertad las preguntas que surgen en conciencias formadas? ¿nos confiere la facultad de reaccionar en una Iglesia que pretende respetar el *sensus fidelium*, el *sentido de los fieles*? “*Un cuerpo social que no dispone de mecanismos para registrar disintimientos – dice Bob Beck – es como un organismo incapaz de sentir el dolor. No puede captar reacciones indicadoras de que algo está fallando. Como también un cuerpo social excesivamente sensible a los disintimientos es como un organismo en estado de dolor constante. Ambos necesitan tratamiento.*”

Cuando reflexiono en concreto sobre la voz profética de la LCWR, me viene a la memoria la declaración de nuestra asamblea de 2011 a favor de un debate social respetuoso, y ahora, en el contexto de la valoración doctrinal, cobra a mis ojos una nueva dimensión. San Agustín describía así las premisas de un debate respetuoso: “*Depongamos, vosotros y yo, toda arrogancia. No pretendamos ninguno haber descubierto la verdad. Busquémosla como algo que nos es igualmente desconocido. Sólo podremos buscarla con amor y sinceridad cuando ninguno de nosotros tenga la osadía o la presunción de creer que ya la posee.*”

De manera similar, ¿cuáles serían las premisas de una respuesta profética a los grandes cambios de paradigma de nuestro tiempo? Espero que serían a la

vez la amplitud de miras y el espíritu crítico, y que abrirían paso a la esperanza. Es posible reivindicar el futuro que deseamos y obrar en consecuencia desde ahora. Esto requiere que hagamos el esfuerzo de decidir sobre qué punto centraremos nuestra atención. Si, como lo sugiere la neurología, todo aquello sobre lo cual nos concentramos funciona como un estímulo que incita a nuestro cerebro a realizarlo, las imágenes y proyectos que pueblan nuestra vida adquieren gran importancia. Así pues, involucremos activamente nuestra imaginación para generar visiones de futuro. Nada de lo que hacemos es insignificante. La más pequeña decisión de ser valiente o consciente contribuye a la transformación del mundo. Puede ser, por ejemplo, la decisión de invertir nuestras energías en lo que nos parece auténtico y cesar de invertir las en lo que no lo es. A este tipo de intencionalidad, Joanna Macy la llama “esperanza activa”; es a la vez creativa y profética. En nuestros tiempos difíciles de transición, el futuro necesita de nuestra imaginación y de nuestra esperanza. El poeta francés Edmond Rostand decía: *“Es bello creer en la luz cuando es de noche; obliguemos a la aurora a despuntar, creyendo en ella.”*

3. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde la solidaridad con los marginados

No podemos vivir proféticamente sin cercanía con los vulnerables y marginalizados. Ahí, sobre todo, está nuestro sitio. Nuestra misión, nuestra identidad como mujeres religiosas es entregarnos con amor, en particular a los más necesitados. Pero además, el espacio de los marginados es un lugar privilegiado de encuentro con nuestro Dios, que siempre ha manifestado su predilección por ellos, y gracias a ellos podemos cosechar una mies considerable de sabiduría. Las personas más vulnerables nos ponen estrechamente en contacto con la realidad de la condición humana, con nuestros límites y desórdenes, con nuestra naturaleza frágil, inacabada y conflictiva. Una experiencia de Dios vivida desde ahí es una experiencia de misericordia, de absoluta gratuidad, de amor liberador. Los marginados, menos preocupados que nosotros por salvar las apariencias, menos capaces de hacerlo, tienen en cambio el don de llamar a las cosas por su nombre. Vivir con ellos nos ayuda a ser lúcidos, a mantenernos en la verdad. Eso que es evidente para ellos, nosotras necesitamos verlo para que nuestra voz sea profética en el mundo y en la Iglesia, aunque nos resulte difícil llegar a un equilibrio entre la vida en la periferia y la fidelidad a lo interior.

El colectivo de las religiosas tiene una experiencia amplia y diversa de la misión con los marginados. ¿Acaso no ha sido la solidaridad con los pueblos oprimidos el honor de nuestras vidas? Nos han enseñado lo que ellos mismos tuvieron que aprender para sobrevivir: la entereza, la creatividad, la solidaridad, el aguante tenaz y la alegría. Ellos, que experimentan cotidianamente la pérdida de seres queridos y el expolio, nos enseñan cómo vivir el desconsuelo y cómo

conformarnos. También nos ayudan a ver cuándo no podemos conformarnos. Hay estructuras de injusticia y de exclusión que debemos desenmascarar y eliminar sistemáticamente. Les muestro estas fotos tomadas en Suchitoto (El Salvador) cuando se firmaron los acuerdos de paz, como un ejemplo de eliminación activa: esa mañana, la gente salió de sus casas con mazos y martillos y se puso a destruir los bunkers y a dismantelar la maquinaria de guerra.

4. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde la comunidad

Las religiosas hemos conseguido navegar en medio de tantos cambios porque lo hemos hecho juntas. ¡Qué gran apoyo encontramos unas en otras! Durante los cincuenta años transcurridos desde el Vaticano II, nuestra forma de vivir en comunidad ha cambiado espectacularmente. Ha sido un camino difícil y debemos seguir avanzando, con el peculiar desafío aquí en los EEUU de crear comunidad en una cultura individualista. Aún así, hemos aprendido lecciones inolvidables.

Nosotras, las que asumimos el servicio de la autoridad, nos encontramos continuamente retadas a respetar un amplio espectro de opiniones. Hemos aprendido a crear comunidad a partir de la diversidad, a apreciar las diferencias. Hemos logrado considerar con confianza la divergencia de opiniones, como vía que conduce firmemente a una mayor claridad. Nuestro compromiso comunitario nos obliga a proceder de esa manera, a buscar juntas el bien común.

Nuestras congregaciones han pasado de un modelo estructurado jerárquicamente a un modelo más horizontal. Evolución asombrosa, teniendo en cuenta la rigidez del punto de partida. Las estructuras participativas y los modelos de gobierno en colaboración que hemos desarrollado nos han fortalecido y reavivado. Quizá estos modelos sean una aportación que podríamos brindar actualmente a la Iglesia y al mundo.

La experiencia renovada de la vida comunitaria ha influido también en nuestra forma de comprender la obediencia, un punto particularmente importante para nosotras en este momento en que discernimos cómo reaccionar a la valoración doctrinal. ¿A qué llamamos obediencia libre y responsable? Una respuesta cabal al mandato debe nacer de nuestra forma de comprender la fidelidad creativa. La hermana dominica Judy Schaefer pone muy bien de relieve los fundamentos teológicos de lo que ella llama “obediencia en comunidad” o “discipulado atento”: estas categorías reflejan nuestra experiencia postconciliar de discernimiento y toma de decisión comunitarios como formas de vivir fielmente la obediencia. *“Sólo cuando todas participan activamente en la escucha atenta – escribe – la comunidad puede estar segura de que ha permanecido plenamente abierta y obediente a la llamada y a la gracia de Dios en cada momento de la historia”*. ¿No es lo que estamos haciendo durante esta asamblea? La comunidad es una de las brújulas que nos ayudan a navegar. El mundo ha

cambiado, y lo celebro con ustedes retomando este poema de Alice Walker, que pueden encontrar en su libro titulado *Hard Times Require Furious Dancing [A tiempos difíciles, danzas frenéticas]*:

El mundo ha cambiado

*El mundo ha cambiado:
¡despertad y barruntad
posibilidades!*

*El mundo
ha cambiado:
no sin vuestras oraciones,
no sin vuestra fe tenaz
en la liberación
y en la bondad,
no sin vuestra danza obstinada
durante tantos años
privados de ritmo.*

*El mundo ha cambiado:
No sin
vuestra presencia,
no sin vuestro amor indómito
a vosotros mismos
y al cosmos,
no sin vuestra energía.*

*El mundo ha cambiado:
¡despertad,
brindaos el regalo
de un nuevo día!*

5. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde la no-violencia

El derrumbamiento y el alumbramiento inherentes a un cambio paradigmático masivo implican un proceso violento que, por otra parte, nos invita a desplegar nuestra fuerza interior dando una respuesta no violenta. En Jesús tenemos nuestro modelo para ello. Su inclusividad radical tuvo consecuencias trágicas. Fue violentamente rechazado por considerar que amenazaba el orden establecido. Pero él no declaró a nadie enemigo suyo y amó a los que le perseguían. Jesús no fue nunca una víctima, ni siquiera en la aparente derrota de la cruz. De pie ante Pilato afirmó que tenía poder para entregar su vida, sin que nadie se la quitara.

¿Cómo será pues nuestra respuesta no violenta? Ciertamente no tendrá la pasividad de las víctimas. Habrá de oponer resistencia para no colaborar con un

poder abusivo. Pero aceptará el sufrimiento, en vez de endosárselo a otros. Se negará a humillar, a condenar, a amenazar o a demonizar. En realidad, la no-violencia exige que domesticemos la parte sombría y frágil de nosotros mismos en vez de proyectarla sobre los demás; nos remite a la unidad fundamental que nos abarca a todos, incluso en situaciones de conflicto. La no-violencia es creativa. No acepta ultimátums ni definiciones cerradas sin recurrir previamente a la imaginación para intentar resituar más ampliamente las cosas. Si fuera necesario, confío en que seremos capaces de evidenciar comportamientos malignos y oponernos a ellos sin devolver mal por mal. Podemos absorber cierta cantidad de negatividad sin que ello suponga un drama, rechazando deliberadamente escaladas de violencia o represalias. Quiero esperar que nuestra actitud neutralizará la violencia, al menos hasta cierto punto.

La imagen del pararrayos me parece una buena ilustración de lo que digo. El rayo, la descarga eléctrica provocada por el choque entre masas de aire frío y masas de aire caliente, puede destruir prácticamente todo cuanto toca. El pararrayos protege porque atrae la descarga, la canaliza y la conduce al suelo. No retiene la energía destructora, sino que la dirige a tierra, donde se transforma.

6. ¿Cómo navegar por los cambios? Desde una vida gozosamente esperanzada

La esperanza gozosa es el sello distintivo de un discipulado auténtico. Creemos en un futuro lleno de esperanza, aunque todo haga presagiar lo contrario. Por eso, oteamos atentamente los indicios de la irrupción del Reino de Dios, cuya venida describe Jesús en la parábola del grano de mostaza.

Pensemos por un momento lo que Jesús quiere decir con ello. Aunque podamos transformarla en planta de cultivo, la mostaza es originariamente una planta invasora, una mala hierba. En esta foto pueden ver una variedad de mostaza que crece en el Medio Oeste americano. Según algunos exégetas, Jesús está probablemente bromeando cuando habla del minúsculo grano de mostaza que se convierte en un árbol grande hasta el punto que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas. Parece ridículo imaginar que los pájaros van a construir su nido sobre un arbusto raquíptico como la planta de mostaza. Quizá lo que Jesús quería dar a entender fuera esto: “No os imaginéis que siguiéndome os vais a convertir en un árbol frondoso. No esperéis convertirnos en cedros del Líbano o en un árbol parecido a un poderoso y respetable imperio. Pero incluso la pequeña y endeble planta de mostaza puede albergar la vida.” Sí, la mostaza es ante todo una mala hierba. Me dirán que la flor es bonita, que es una planta medicinal llena de sabor y con maravillosas propiedades curativas, que se utiliza como fármaco, lo cual le da cierto valor. Eso no quita que, ante todo, es una mala hierba. Brota espontáneamente por todas partes; no hay forma de controlarla, puede invadir campos enteros de cultivo. Casi podríamos decir que

esta molesta y pequeña planta era ilegal en tiempos de Jesús; su cultivo estaba reglamentado.

Entonces, ¿qué concluiremos de la comparación que Jesús establece entre la planta de mostaza y el Reino de Dios? Si lo pensamos bien, quizá signifique que verdaderamente podemos vivir con una gozosa esperanza, porque ningún herbicida político o eclesiástico es capaz de detener el movimiento del Espíritu de Dios. Nuestra esperanza se apoya en el poder de Dios, un poder absolutamente incoercible. En realidad, es lógico que nos consideren, a nosotras que nos hemos comprometido a vivir radicalmente el seguimiento de Cristo, como malas hierbas cuya expansión ha de ser controlada. Pero si las malas hierbas del Reino de Dios se arrancan de un sitio, crecerán en otro. Monseñor Romero decía: “Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”.

Por consiguiente, vivimos con gozosa esperanza, dispuestas a ser consideradas “malas hierbas”, todas y cada una de nosotras. Vivimos de la muerte y de la resurrección de Jesús. Llevo siempre en el corazón esta frase pronunciada durante la dictadura chilena: “Podrán aplastar algunas flores, pero no podrán detener la primavera.”

Fuentes citadas

- Robert Beck, *Homily: Fifteenth Sunday in Ordinary Time, July 15, 2012*. Mount St. Francis, Dubuque, Iowa.
- Michael W. Blastic, OFM Conv, “Contemplation and Compassion: A Franciscan Ministerial Spirituality.” *Spirit and Life, Franciscan Leadership in Ministry*. Volume 7. St. Bonaventure, NY: Franciscan Institute, 1997, 149-177.
- Judy Cannato, *Field of Compassion: How the New Cosmology is Transforming Spiritual Life*. Notre Dame, IN: Sorin Books, 2010.
- Barbara Marx Hubbard, *Conscious Evolution: Awakening the Power of Our Social Potential*. Novato, CA: New World Library, 1998.
- Joanna Macy and Chris Johnstone, *Active Hope: How to Face the Mess We're in without Going Crazy*. Novato, CA: New World Library, 2012.
- Jan Richardson, *Night Visions: Searching the Shadows of Advent and Christmas*. Wanton Gospeller Press, 2010.
- Judith K. Schaefer, OP. *The Evolution of a Vow: Obedience as Decision Making in Communion*. Piscataway, NJ: Transaction Publishers, 2009.
- Margaret Silf, *The Other Side of Chaos: Breaking Through When Life is Breaking Down*. Chicago: Loyola Press, 2011.
- Alice Walker, *Hard Times Require Furious Dancing*. Novato, CA: New World Library, 2010.

¿NOVICIOS? ¿QUÉ NOVICIOS?

Jean Claude Lavigne, OP

Jean Claude Lavigne, de la Orden de Predicadores, fue director general de « Economía y Humanismo » y es actualmente Asistente de la Provincia Dominicana de Francia. Cuenta con una experiencia diversificada de la vida religiosa: ha formado parte de una pequeña comunidad mixta con personas minusválidas, de comunidades conventuales francesas y africanas, ha sido superior y formador. Da conferencias a varios movimientos de Iglesia, anima capítulos y predica retiros en numerosos monasterios y comunidades.

Original en francés

Una de las primeras preguntas que surgen en las conversaciones entre responsables europeos de congregaciones diferentes suele ser: “¿cuántos novicios?”, como otros preguntaban antaño: “¿cuántas divisiones de carros de combate?” Esto es revelador de una de las mayores inquietudes de la vida religiosa en Europa: el futuro de nuestras congregaciones. Debemos ciertamente preguntarnos por qué los jóvenes europeos no vienen a nosotros, por qué hemos dejado de tener novicios y qué podemos hacer para tenerlos de nuevo; pero es aún más importante comprender qué vínculos pueden establecerse entre las congregaciones y los jóvenes. Más que de hacer un estudio sociológico, que nunca será exhaustivo, sobre los jóvenes candidatos a la vida religiosa, se trata de comprender qué tipo de jóvenes están interesados por tal congregación y no por tal otra, una vez efectuada la opción básica entre “contemplativo-apostólico” o “intelectual-práctico”. Esos vínculos son importantes porque determinarán en gran medida el futuro de las congregaciones, cuyos actores serán los jóvenes que hoy se presentan. Por consiguiente, intentemos comprender qué factores favorecerán o impedirán el injerto ¹.

“Injerto” es un término de horticultura que designa los procesos de implantación, en el tejido de una planta, de un fragmento procedente de otra planta o de la misma, para que éste crezca haciendo cuerpo con aquélla. La vida circula así, produciendo frutos nuevos. El tiempo de la formación inicial es el tiempo de ese injerto en que se asocian lo antiguo y la tradición con lo moderno y la modernidad. Hay injertos que no dan resultado y otros que dan nuevos

frutos, algunos de ellos tan amargos que conducen a lamentar la operación. La imagen es apropiada para nuestras congregaciones: con los diferentes tipos de jóvenes – muy heterogéneos, cuidado con las generalizaciones – que iniciamos a la vida religiosa, se dan con frecuencia dinamismos nuevos, pero también hay fracasos, consecuencias indeseables y amargura. Los diferentes tipos de jóvenes que se acercan a nosotros no suelen corresponder a nuestros deseos, y el precio a pagar por su integración les parece a algunos demasiado alto, mientras que otros, al contrario, lo consideran como una verdadera y feliz oportunidad.

Examinemos esa relación inicial entre jóvenes y congregaciones, entendida como el centro vital que determinará el futuro de la vida religiosa. Nuestro análisis se centra en Europa, aunque es posible que la misma problemática se dé en otros continentes, porque si la admisión de un/una joven en una congregación o monasterio es ciertamente obra del Espíritu, pasa por la mediación de una doble seducción: la que siente cierto tipo de jóvenes por una congregación determinada y la que sienten los miembros de la congregación por ese tipo de jóvenes. Por “seducción” no entiendo un sentimiento malsano o ambiguo, sino interés mutuo, reconocimiento de la presencia en el otro de parte de uno mismo². Seducción que es obra del Espíritu Santo, pero que debe ser purificada de las escorias o tentativas de captación mutua y estrategias de fascinación.

Cada tipo de congregación, de teología de la vida religiosa y de relación entre fe y mundo atrae a cierto tipo de jóvenes; éstos, a su vez, pesarán sobre la especificidad de la congregación, su teología, su espiritualidad. Esa interacción configura la “pertenencia” – y no sólo la adhesión – a una congregación, permite el desarrollo de la identidad personal y colectiva de cada uno. Es lo que le permite a uno decir que es religioso de tal o cual familia espiritual y participar activamente en la vida de su monasterio o congregación. En el marco de esa interacción se sitúan los desafíos que debemos afrontar para preparar el futuro.

Esta forma de abordar el tema nos distancia de otra forma de hacerlo en términos de oferta y de demanda, correspondiendo la oferta a las congregaciones que quieren recibir novicios y la demanda a todos los jóvenes con inquietudes de vida religiosa, considerados indistintamente. Las lógicas del mercado son inadecuadas para describir el proceso de integración en la vida religiosa y las implicaciones que tiene, precisamente porque se trata de una operación de injerto entre la congregación y un determinado tipo de jóvenes.

Para conducir el análisis de estos procesos es necesario construir una tipología que exagera los rasgos, pero que ayuda a comprender lo que ocurre. Dejando de lado las congregaciones que han cesado de atraer desde hace tiempo y no atraerán más en el futuro, no porque hayan desmerecido, sino porque ya han cumplido su misión, podemos identificar unos seis tipos de injertos principalmente, aunque seguro que hay más, que cabría caracterizar en otras discusiones relacionadas con esta problemática.

El **primero** de ellos es el que intentan hacer congregaciones casi difuntas, bien porque sea realmente el caso, bien porque sus miembros así lo perciban con inquietud (muchas congregaciones reaccionan pesimistamente). En un tronco casi seco, el injerto resulta más fácil con jóvenes frágiles, que se dejarán conducir fácilmente, de forma que el árbol no muera de inmediato. No faltan jóvenes frágiles; la sociedad contemporánea no los produce únicamente dinámicos, creadores de la nueva cultura Internet e innovadores en la tecnología y los negocios. Deja en la cuneta grandes grupos de jóvenes cansados de la vida y de la competitividad, que han sufrido fracasos afectivos, psicológicos o profesionales y asumen con dificultad un itinerario biográfico caótico. Estos jóvenes acusan cierta precariedad existencial, tienen hándicaps y miedo al futuro. Se menosprecian a sí mismos, se descalifican y buscan dónde “colocarse” para poder reconstruirse o simplemente construirse. Anhelan el reconocimiento ajeno que les permitirá encontrarle un sentido a la vida, aunque por otra parte no desean desplegar su energía creativa, sus iniciativas propias, no quieren luchar. Se dejarán dirigir, al menos durante un tiempo, y estarán dispuestos a entrar en una congregación que les ofrezca un marco aparente de paz, que los tome bajo su responsabilidad. Declararán que desean servir y obedecer, que desean olvidarse dándose a sí mismos... En este contexto, los jóvenes extranjeros procedentes de países pobres son potenciales víctimas.

La congregación que efectúa ese tipo de injerto no es perversa ni mala; es representativa de las que se encuentran en el mismo caso, atraen a ese tipo de jóvenes y los ven llamar a sus puertas. Busca cómo sobrevivir y ofrece un espacio a esos jóvenes debilitados. Se mostrará poco exigente en el discernimiento y la integración de fuerzas nuevas. Valorizará particularmente la espiritualidad del servicio, de la humildad y de la disponibilidad. Con ello corre el peligro de que esos jóvenes no se asuman, no se decidan a ser actores de su propia vida, y también de que la comunidad no pueda asumirlos si son numerosos, si necesitan un apoyo psicológico (a veces psiquiátrico) importante, si carecen de dinamismo y de confianza.

En realidad todas las comunidades tienen que habérselas actualmente con este tipo de jóvenes; el proceso de integración funciona mal si la congregación tiene vida o si la proporción de estos jóvenes es alta. Parece poco probable que tal tipo de injerto dé a luz una auténtica vida nueva, excepto si el Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas, derriba las lógicas humanas, lo cual siempre es posible. Pero en general es previsible que ese injerto será estéril, triste y difícil de llevar para todos. Al margen de ello, tenemos aquí un desafío que se plantea a toda la Iglesia: el de acoger a personas frágiles en un mundo que sólo admite a los mejores.

El **segundo** tipo de injerto es diametralmente opuesto al anterior. Entran en juego comunidades muy dinámicas, que afirman vigorosamente su identidad

y están animadas con frecuencia por líderes fuertes y atractivos. Como los jóvenes atraen a los jóvenes, esas congregaciones suelen conocer un gran florecimiento y presentar una expansión ascendente. Han de hacer frente al crecimiento rápido y a la necesidad de formar a tantos jóvenes. La fuerza de esos grupos reside en su convicción de que han recibido la misión de salvar el cristianismo, o ciertos valores, o ciertas formas de proceder, en un mundo decadente o insignificante, en el mundo de la globalización y del consumo, de lo efímero y del laxismo ético y religioso. Los jóvenes atraídos por ellas tienen recias convicciones que se refuerzan mutuamente, y en consecuencia soportan mal a los que dudan, se interrogan, no saben qué hacer. Su actividad misionera o monástica es intensa, lo cual estimula y robustece en tales congregaciones el sentido de la propia identidad y de la responsabilidad que ostentan con respecto al mundo moderno.

Los Institutos de vida religiosa a cuyas puertas llama este tipo de jóvenes han de mantenerse siempre en una dinámica de combate, de lucha por la radicalidad, de afirmación de sus valores hasta a veces caricaturizarlos; apelan a la separación del mundo, a la contra-cultura, valorizan el elitismo. Se muestran creativos y combativos para suscitar candidatos, porque el gran número de vocaciones es para ellos una confirmación de la pertinencia su combate. Si por “error de selección” ese tipo de jóvenes se presenta en otras congregaciones, lo más probable es que las cosas no vayan bien: su actitud de exceso identitario impide una real integración.

El **tercer tipo** de injerto lo encontramos muchas veces en comunidades claramente visibles, casi siempre cordiales y abiertas al mundo de los jóvenes. Pueden ser ramas nuevas de congregaciones antiguas, comunidades marcadas por la renovación carismática, o sencillamente comunidades que cuidan y desarrollan la liturgia. Mediante su inserción en el mundo de los jóvenes consiguen atraerlos, polarizar su interés. Entre los que se muestran interesados hay numerosos jóvenes atraídos por la espiritualidad, por la experiencia mística. Muchos están decepcionados por la modernidad, demasiado científica y exigente en términos de rentabilidad, y buen número de ellos son enormemente afectivos y subjetivos. Buscan un arte de vivir diferente, un estilo de vida alternativo. Son tan representativos de la modernidad como los “geeks” de las tecnologías de comunicación. Les interesa el diálogo interreligioso, la espiritualidad transversal. Su búsqueda espiritual no discurre siempre por los caminos del catolicismo común, sea porque se han convertido recientemente, sea porque acaban de redescubrir la fe. Son entusiastas y ven en la congregación que les atrae un lugar de experiencias y amistad, de “amor”... Esos jóvenes suelen ser profundamente espirituales, pero les resulta difícil plegarse a la Regla, a la regularidad del ritmo comunitario, a los aspectos domésticos, a las realidades económicas; su subjetividad los lleva a valorizar cierto individualismo. Su diferencia cultural

con el mundo católico clásico es para ellos un obstáculo difícil de superar y pronto se pueden mostrar decepcionados por la comunidad, que los encuentra demasiado idealistas. Es de temer que se conviertan en huéspedes transeúntes y que la comunidad se canse de esas inserciones efímeras, de esas divergencias importantes de comportamiento, o que derive al contrario hacia relaciones de identificación demasiado afectivas para ser constructivas a largo plazo.

Con ese tipo de jóvenes, está claro que el reto consiste en integrarlos en la cultura religiosa, y no solamente espiritual. Hay que ayudarles a centrarse en Cristo, en su Palabra, en la tradición teológica. Para que consigan entrar en la vida comunitaria cotidiana, descubrir la importancia de la Regla y tener en cuenta la vida diaria y las necesidades de los otros miembros de la comunidad, habrá que desplegar una pedagogía que no dé nada por supuesto, que parta verdaderamente de lo que es cada uno... pero en comunidades numerosas y organizadas, esto resulta difícil. El injerto reclamará no sólo paciencia, sino también exponer muy claramente lo que es la vida religiosa católica, a no confundir con la vivencia de un grupo amable de espirituales.

El **cuarto tipo** lo constituyen los refundadores y refundadoras. Quieren, por su parte, restaurar lo que creen perdido en las congregaciones o monasterios contemporáneos. Entran para refundar, para volver a encarrilar, para introducir rigor y eficacia. Tienen madera de líder o de intelectuales seguros de sí mismos, cosa que la sociedad contemporánea valora. Están muy integrados en la modernidad, son “ganadores” acostumbrados a luchar en un mundo competitivo y de rivalidad. Los miembros mayores de la comunidad que los recibe los consideran prometedores a causa de su fuerte personalidad, pero a la larga se revelan difíciles de integrar en la vía del término medio, en el caminar colectivo que, en la realidad de las congregaciones, no es sólo el de los más avanzados y jóvenes. Los rezagados les molestan. Encontramos refundadores tanto en la vida monástica como en la vida apostólica: tienen ideas, proyectos, estrategias... que han de ser obligatoriamente realizados como ellos quieren para dar resultado.

Las comunidades que acogen a estos jóvenes reformadores corren el riesgo de desviar fuertemente de su carisma propio y sobre todo de vivir escindidos en la congregación, en particular si ésta no tiene un carisma muy caracterizado o si la unidad en torno a él está debilitada. Los que más sufrirán serán los miembros mayores. Puede que todo ello reporte el beneficio de una renovación, pero no es seguro. El desafío reside aquí en conducir a esos refundadores a entrar en una historia más grande que ellos, en una tradición viva y no fosilizada, a creer en los demás y en particular en los más débiles, a ser pacientes y a privilegiar una dinámica colectiva. Será difícil, y el peligro de verles tirar la toalla es grande: su deseo de dominar (para bien) y de ser “jefes” suele ser fuerte.

El **quinto tipo** de injerto concierne a los “jóvenes profesionales generosos”,

bastante frecuentes entre los candidatos interesados por familias religiosas antiguas: son adeptos de la tecnología, de la cultura contemporánea del blog, de Internet, del mundo de la comunicación, de la eficacia y del look, antes que del contenido teórico. Estos “pragmáticos de Jesús” quieren poner sus modernas competencias de comunicación, marketing o management al servicio de la fe y de la congregación que acoge su creatividad. Son generosos y prefieren trabajar para la Iglesia que para el mundo de los negocios. Miran cuántas visitas recibe el blog que crearon para promocionar la congregación, cuántos participantes asisten a las actividades y eventos que organizan. Lanzan un « buzz » proporcionado al evento, a la evangelización, a la predicación. Las comunidades en ligero declive o que buscan cómo re-situarse en la sociedad contemporánea se dejan fascinar por lo que aportan estos jóvenes actores de la nueva evangelización. Gracias a ellos son objeto de un renovado interés, tienen buena prensa y buena imagen, con lo cual recuperan cierta boga en la sociedad moderna. Este injerto es considerado entonces como un éxito y bien puede serlo, a condición de que la congregación esté preparada para la aventura de la comunicación. Si vive difícilmente la integración de esa nueva cultura, la congregación corre el peligro de escindirse entre por un lado los comunicadores y por otro los refractarios – los demasiado mayores o los que piensan que ciertos elementos espirituales, litúrgicos o teológicos inherentes a la vida religiosa son incompatibles con una estrategia de la comunicación –.

El desafío en este caso es no ceder a la cultura de la superficialidad o del espectáculo. Habrá que ayudar a esos “profesionales generosos” a profundizar su camino de amistad con Jesús en el silencio, el estudio y la interioridad, a explorar con atención los aspectos que aprecian en la tradición viva de la congregación, a valorar la discreción, lo que no se ve, lo que no necesita ser expresado. El injerto es posible y genera dinamismo si se administran fuertes antídotos para contrarrestar las tendencias de esos jóvenes, sin llevarlos al desánimo y valorando lo que aportan a la congregación.

El **sexto y último tipo** de jóvenes es mucho menos numeroso que hace cuarenta años y menos netamente caracterizado. Lo constituyen los jóvenes formados por la modernidad a la autonomía, a negociar qué obligaciones aceptan y cuáles no, a cierto pragmatismo muy ajeno a las ideologías. Conscientes de ser una minoría en el mundo moderno, no están acomplejados por ello, ven en el mundo y en la Iglesia retos que deben afrontar con los demás. Se encuentran en sintonía con monasterios y congregaciones que se preocupan por el futuro de la sociedad, del planeta, de la humanidad. Desean colaborar (con independencia de los políticos y de los sindicatos) para que la fe y la Iglesia estén presentes en el terreno de la acción solidaria, en los barrios, en los lugares precarios, en el trabajo profesional, en los países en vías de desarrollo, o bien en el campo de la pastoral (de hecho los dos campos son compatibles). Les gusta

rezar, tener tiempo para ellos y para el estudio; desean cierta libertad de acción y de relaciones; les gusta estar informados y participar en las decisiones. Son más bien sociables y tienen redes de amigos bastante amplias, de las cuales la congregación no es el objeto, ni el punto común.

Las congregaciones que atraen a este tipo de jóvenes son las que aceptan el desafío de la autonomía de los miembros, de su originalidad, y fomentan las iniciativas personales de cada uno. Por su parte, deben desafiarlos fuertemente y proponerles verdaderos compromisos que les hagan entregarse a fondo. Si no asumen plenamente esos itinerarios personalizados y no les dan responsabilidades, corren el riesgo de verlos apagarse, cerrarse y marcharse. Para ellas, el riesgo es no poder funcionar de forma homogénea y colectiva, convertirse en un albergue de aventuras singulares donde la obediencia religiosa y la fraternidad sean meras opciones negociables. Para evitarlo, tendrán que proponer una Regla colectiva y personal estructurante, fuerte, que permita combinar lo singular con tiempos de convivencia propiciando la confrontación de las dinámicas, el aprendizaje de la fraternidad ³ y la aceptación de un horizonte común para las actividades de cada uno.

Por supuesto que no encontramos ninguno de estos tipos de jóvenes ni de injertos en estado “químicamente puro”; y pueden darse cruces inesperados portadores de vida en abundancia. La vida religiosa es más que el resultado de lógicas sociológicas y no tendría sentido buscar, como en los test “psicologizantes” de algunas revistas, a qué categoría pertenece cada congregación. El Espíritu Santo está ahí, creando caminos inéditos para todos y despistándonos cuando hace advenir felizmente lo que parecía increíble.

La modernidad, tanto de la sociedad como de la Iglesia y de la vida religiosa, se caracteriza por la diversidad, por la proliferación de instituciones y personas diferentes. Cada cual toma como punto principal de referencia a sí mismo, no a la familia ni a un modelo social homogéneo que le sirva de apoyo. Los itinerarios personales, o bien se van acogiendo a la protección de los demás, o bien se van abriendo camino con originalidad. Los recorridos son muy diversos y con frecuencia caóticos o insólitos. Este trasfondo confiere a la vida religiosa una nueva misión: proponer a unos y otros una dinámica de coherencia centrada en Cristo y en su Palabra, una progresiva unificación de las vidas. Pero esto es imposible desde la uniformidad: la vida religiosa es plural y las diferentes personalidades son misterios irrepetibles.

Esta diversidad extrema puede ser percibida como un hándicap para la visibilidad y legibilidad de la vida religiosa. Pero puede ser también, si el diálogo entre “tendencias” prevalece sobre el ostracismo, un terreno propicio para que Cristo sea anunciado y celebrado. Nadie queda excluido a priori de la vida religiosa, siempre y cuando Dios, y la fraternidad que de él procede y a él retorna, sea el punto de partida y el horizonte de la persona que desea abrazar

esta forma de ser cristiano, una entre varias posibles.

Centrar la atención como lo hemos hecho en los diversos tipos de injertos, no supone negar la existencia de un terreno común. En el mundo actual, todas las formas de vida religiosa han de centrarse de nuevo en cómo preparar a sus miembros al encuentro con Dios (contemplación, silencio, interioridad) y en cómo traducir en nuestro mundo los frutos de ese encuentro, manifestando proximidad fraterna con los más heridos por la vida, comprometiéndose solidariamente con ellos para que retrocedan, aunque sólo sea un punto, el terror y el dolor.

La vida religiosa, cualquiera que sea la generación o sensibilidad a que pertenezca, siempre se caracterizará por esta doble dimensión del encuentro con Dios y con el “pobre”. Ahí debemos permanecer, fraternalmente, afirmando frente a las seducciones del mundo que la Cruz ha abierto una puerta y que en ella está la vida.

-
- 1 Utilizo el término en mi libro *Pour qu'ils aient la vie en abondance. La vie religieuse*, Cerf, 2010. Traducción en italiano: *Perché abbiano la vita in abbondanza*, ediciones qiqajon, 2011.
 - 2 Ver Jean Claude Lavigne, *Voici je viens*, ediciones Bayard, 2012.
 - 3 Ver Jean Claude Lavigne, *Pour qu'ils aient la vie en abondance*, capítulo X.

SED COMPASIVOS COMO VUESTRO PADRE ES COMPASIVO

P. José Antonio Pagola

José Antonio Pagola, de nacionalidad española, nació en 1937. Completó sus estudios de Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana y de Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, en 1966. También ha cursado estudios bíblicos en l'École Biblique de Jerusalén. Es actualmente profesor en el Seminario de San Sebastián y en la Facultad de Teología del Norte de España. Durante más de treinta años, Pagola ha dedicado sus estudios a la Sagrada Escritura y a la Cristología, especialmente a la investigación sobre el Jesús Histórico.

Original en español

Jesús no es un escriba ni un sacerdote del templo de Jerusalén. No se dedica a enseñar doctrina religiosa ni a explicar la Ley de Moisés. Jesús es un profeta itinerante, oriundo de Galilea, que anuncia un acontecimiento que pide ser escuchado y atendido pues puede cambiar la historia del ser humano. Así resume Marcos su actividad. Jesús recorría Galilea anunciando la Buena Noticia de Dios y decía así: “*El reino de Dios está cerca. Cambiad de manera de pensar y de actuar, y creed en esta Buena Noticia*”¹. Esto que Jesús llama “*reino de Dios*” es el corazón de su mensaje y la pasión que animó toda su vida.

Lo sorprendente es que Jesús nunca explica qué es el reino de Dios. Lo que hace es sugerir con su vida y con sus parábolas cómo actúa Dios y cómo sería el mundo si sus hijos e hijas actuaran como el Padre del cielo. Podemos decir que Jesús solo buscaba una cosa: que hubiera en la tierra hombres y mujeres que comenzaran a actuar como actúa Dios. Esta era su obsesión: ¿cómo sería la vida si la gente se pareciera más a Dios? Esto nos obliga a hacernos no pocas preguntas: ¿cómo actúa Dios?, ¿cómo actuaba su Hijo Jesús?, ¿qué era lo importante para él?, ¿qué significa actuar como el Padre del cielo siguiendo los pasos de Jesús?

1. Dios es compasivo

Jesús no habla nunca de un Dios indiferente o lejano, olvidado del sufrimiento de sus hijos e hijas o interesado sólo por su honor, su gloria, o sus

derechos. En el centro de su experiencia religiosa no nos encontramos con un Dios “legislador” que trata de gobernar el mundo por medio de leyes ni con un Dios “justiciero” que interviene airado para castigar el pecado de sus hijos e hijas.

Para Jesús, Dios es compasión. Tiene entrañas maternas (*rahamim*). La compasión es el modo de ser de Dios, su primera reacción ante sus criaturas, su manera de mirar al mundo y de tratar a las personas. Dios actúa movido por su compasión. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en sus entrañas. Las parábolas más bellas que salieron de labios de Jesús y, sin duda, las que más trabajó en su corazón, fueron las que narró para hacer intuir a todos la compasión sorprendente de Dios hacia sus hijos e hijas. Sólo recordaremos dos.

La más cautivadora es, tal vez, la del padre bueno ². Dios se parece a un padre que no se guarda para sí su herencia, no vive obsesionado por la moralidad de sus hijos, espera siempre a los perdidos. “*Estando todavía lejos*” ve llegar al hijo que lo había abandonado y se le “*conmueven las entrañas*”: echa a correr, lo abraza y lo besa efusivamente como una madre, interrumpe su confesión para ahorrarle más humillaciones y le restaura como hijo. Para Jesús, esta es la mejor metáfora de Dios: un padre conmovido hasta sus entrañas que acoge a sus hijos perdidos y suplica a sus hermanos que los acojan con el mismo cariño y comprensión. ¿Será esto el reino de Dios?

Jesús pronunció también otra parábola sorprendente y provocativa ³. Dios se parece al propietario bueno de una viña que contrató obreros para trabajarla, a diferentes horas del día. Sin embargo, al final de la jornada, no les pagó según el trabajo realizado. A todos les dio un denario, es decir, lo que necesitaba una familia de Galilea para vivir un día. Ante las protestas de los que se sienten perjudicados, el señor de la viña responde con estas sorprendentes palabras: “¿*Tenéis que ver con malos ojos que yo sea bueno?*”. Según Jesús, Dios no juzga la vida de las personas con los criterios que nosotros empleamos. El Padre del cielo es bueno y compasivo. ¿Será verdad que, desde sus entrañas de misericordia, Dios, más que fijarse en nuestros méritos, está siempre mirando cómo responder a nuestras necesidades?

2. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo

Movido por su experiencia de la compasión de Dios, Jesús va a introducir en la historia un nuevo principio de actuación. La fuerza que ha de impregnar la marcha del mundo es la compasión.

La ordenación religiosa y política del pueblo judío arrancaba de una exigencia básica aceptada por todos. El viejo libro del Levítico lo formulaba así: “*Sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo*” ⁴. El pueblo ha de imitar la santidad del Dios del templo: un Dios que elige a su pueblo y

rechaza a los paganos, que bendice a los justos y maldice a los pecadores, que acoge a los puros y separa a los impuros. La santidad es la cualidad del ser de Dios, el principio que ha de orientar la conducta del pueblo elegido. El ideal es ser santos como Dios.

Sin embargo, esta imitación de la santidad de Dios, entendida como separación de lo “no-santo”, lo impuro, lo contaminante, fue generando a lo largo de los siglos una sociedad discriminatoria y excluyente. El pueblo judío busca su propia identidad santa y pura excluyendo a las naciones paganas e impuras. Pero, además, dentro del pueblo elegido, los sacerdotes gozan de un rango de pureza superior al resto del pueblo, pues están al servicio del pueblo donde habita el Santo de Israel. Los varones pertenecen a un nivel superior de pureza ritual sobre las mujeres, sospechosas siempre de impureza por su menstruación y por los partos. Los que gozan de salud están más cerca de Dios que los leprosos, ciegos o tullidos, excluidos del acceso al templo. Esta búsqueda de santidad generaba barreras y discriminaciones. No promovía la acogida mutua, la fraternidad y la comunión.

Jesús lo captó pronto. Esta imitación de un Dios santo no responde a su experiencia de un Dios acogedor y compasivo. Entonces, con una audacia y lucidez sorprendentes, introduce un nuevo principio que lo transforma todo: “*Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*”⁵. Es la compasión de Dios y no su santidad el principio que ha de inspirar la conducta de sus hijos e hijas. Jesús no niega la “santidad” de Dios, pero lo que cualifica esa santidad no es la separación de lo impuro o el rechazo de lo no-santo. Dios es grande y santo, no porque rechaza y excluye a los paganos, pecadores o impuros, sino porque ama a todos sin excluir a nadie de su compasión.

Por eso, para Jesús la compasión no es una virtud más, sino la única manera de parecernos a Dios. El único modo de mirar el mundo como lo mira Dios, la única forma de acoger a las personas como las acoge él, la manera de acercarnos a los que sufren como se acerca el Padre. Esta es la gran herencia de Jesús a toda la Humanidad.

3. Jesús, Profeta de la compasión

Jesús fue el primero en vivir totalmente desde la compasión de Dios, desafiando claramente el sistema de santidad y pureza que predominaba en la sociedad de su tiempo. La actividad profética de Jesús, se caracteriza por tres rasgos inconfundibles. Jesús es un *profeta curador* dedicado a aliviar el sufrimiento de los enfermos; un profeta *defensor de los pobres*, excluidos del imperio de Roma y olvidados por la religión del templo; un profeta *amigo de pecadores* que acoge a gentes indeseables que viven al margen de la Alianza. Son tres rasgos que han de caracterizar a quien sigue radicalmente sus pasos.

* Jesús se acerca, antes que nada, a los enfermos de las aldeas⁶. Son los que

más sufren. Su tarea siempre es la misma: alivia su dolor, acaricia la piel de los leprosos, libera a los poseídos por espíritus impuros, los rescata de la marginación en que viven y los devuelve a la convivencia. Jesús sufre al ver la distancia que hay entre el sufrimiento de estos de estos hombres y mujeres enfermos y desnutridos, y la vida sana que Dios quiere para todos ellos. No los cura para probar su condición divina o la veracidad de su mensaje. Lo que le mueve a Jesús es la compasión.

- * Esta compasión lo mueve también a defender a los que viven hundidos en la miseria. Los pobres que rodean a Jesús son un grupo fácilmente reconocible. No saben lo que es comer carne ni pan de trigo. Entre ellos hay mendigos que andan de pueblo en pueblo. Hay jornaleros sin trabajo fijo y campesinos huidos de sus acreedores. Muchas son mujeres. Entre ellas, viudas que no han podido casarse de nuevo, esposas estériles repudiadas por sus maridos. Todos estos hombres y mujeres tienen un rasgo común: viven en un estado de miseria del que ya no podrán escapar. Jesús se une a ellos como un mendigo más. Los acoge y los defiende: *“Dichosos vosotros, los que no tenéis nada porque de vosotros es el reino de Dios; dichosos los que ahora pasáis hambre porque seréis saciados; dichosos los que ahora lloráis porque reiréis”*⁷. Aquella miseria que los condena al hambre, la enfermedad y el llanto no tiene su origen en Dios. El sufrimiento de estos pobres inocentes ha de ser tomado en serio. No puede ser aceptado como algo normal, pues es inaceptable para Dios. Todos han de saber que son los hijos e hijas predilectos de Dios. Nunca en ninguna parte se construirá la vida tal como la quiere Dios si no es liberando a los pobres de su miseria.
- * Pero lo que más sorprendía de Jesús no era verlo curar enfermos en sábado o defender a los últimos de aquella sociedad. Lo que más escandaliza es ver cómo acoge amistosamente a los pecadores y cómo se sienta a la mesa con publicanos y prostitutas: *“¿Qué? ¿Es que come con publicanos y pecadores?” “Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de pecadores”*⁸. ¿Cómo puede actuar así un hombre de Dios? Jesús no parece oír las críticas e insiste en acoger a todos. No excluye a nadie. Él conoce bien el corazón del Padre. Todos pueden contar con su amistad. Hasta los pecadores que viven lejos de Dios. Aquellos amigos y amigas que acoge a su mesa son hijos “perdidos” que no aciertan a volver a Dios por el camino de la Ley. Pero Dios los está buscando como un pastor busca a su oveja perdida⁹. Por eso Jesús les ofrece la amistad y el perdón de Dios antes de que se conviertan. Lo hace confiando totalmente en la compasión de Dios. No merecen el perdón. No lo merece nadie. Pero Dios es así: misericordia, amor y perdón gratuito. Nadie ha realizado en esta tierra un signo más cargado de compasión y de perdón en nombre de Dios.

4. La parábola del buen samaritano

Esta parábola es la que mejor sugiere la revolución introducida por Jesús desde su experiencia de la compasión de Dios. Según el relato ¹⁰, un hombre asaltado yace abandonado en la cuneta de un camino solitario. Afortunadamente, aparecen por el camino dos viajeros: primero un sacerdote, luego un levita. Son representantes del Dios santo del templo. Seguramente, tendrán compasión de él. No es así. Los dos “*dan un rodeo*” y pasan de largo.

Aparece en el horizonte un tercer viajero. No es sacerdote ni levita. Ni siquiera pertenece al pueblo elegido. Sin embargo al llegar, “*ve*” al herido, “*se conmueve*” y “*se acerca*”. Luego, movido por su compasión hace por aquel hombre todo lo que puede: cura sus heridas, lo vinda, lo monta sobre su propia cabalgadura, lo lleva a una posada, cuida de él y paga todo lo que haga falta. La actuación de este samaritano nos descubre la dinámica de la verdadera compasión.

* *La mirada compasiva.* El samaritano sabe *mirar* al herido con compasión. Es lo primero. La compasión no brota de la atención a la ley o de la reflexión sobre los derechos humanos. Se despierta en nosotros desde la mirada atenta y responsable al que sufre. Los evangelios han conservado el recuerdo de la mirada compasiva de Jesús. Al entrar en Nain, se encuentra con una viuda que lleva a enterrar a su hijo único; según Lucas, “*el Señor, la vio, se conmovió y le dijo: No llores*” ¹¹. Así es Jesús. No puede ver a nadie llorando sin intervenir. Pero los evangelios recuerdan, sobre todo la mirada compasiva de Jesús a las gentes: “*Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos*” ¹².

El discípulo de Jesús no cierra los ojos ante el sufrimiento de las personas. Aprende a mirar el rostro de los que sufren como Jesús: con ojos compasivos. Esta mirada nos libera del egoísmo que bloquea nuestra compasión y de la indiferencia que nos permite vivir con la conciencia tranquila. Como se ha dicho con razón, la mística cristiana no es una “mística de ojos cerrados”, volcada exclusivamente en la atención a lo interior. Es una “mística de ojos abiertos” (J. B. Metz) al sufrimiento que nos rodea.

* *¿Quién está necesitado de mí?* El escriba había preguntado a Jesús: ¿quién es mi prójimo? Al final de la parábola, Jesús pregunta al escriba: ¿quién de los tres viajeros se ha hecho prójimo del herido? La pregunta que hemos de hacernos no es: ¿quién es mi prójimo?, ¿hasta dónde llegan mis obligaciones? Quien mira a las personas con compasión se pregunta: ¿quién está necesitado de que yo me acerque y me haga su prójimo? Cuando el discípulo de Jesús vive desde la compasión de Dios se acerca a todo ser humano que sufre, cualquiera que sea su raza, su pueblo o ideología. No se pregunta a quién debo amar sino quién me necesita cerca. Esta pregunta orienta su actuación ante el sufrimiento que va encontrando en su camino.

* *El compromiso de los gestos.* El samaritano de la parábola no se siente obligado a cumplir un determinado código moral. Sencillamente, responde a la situación del herido inventando toda clase de gestos orientados a aliviar su sufrimiento y restaurar su vida. Nuestra respuesta a los que sufren es siempre insuficiente e inadecuada, pero lo decisivo es romper la indiferencia y vivir sembrando gestos de bondad, y promoviendo respuestas al sufrimiento.

Así es Jesús, el profeta de la compasión, que “*pasó su vida haciendo el bien*”¹³. No tiene poder político ni potestad religiosa. No puede resolver las injusticias que se cometen en Galilea, pero vive sembrando gestos de bondad orientados a cambiar aquella sociedad. Abraza a los niños y niñas de la calle porque no quiere que los seres más frágiles de Galilea vivan como huérfanos; bendice a los enfermos y enfermas para que no se sientan rechazados por Dios al no poder recibir la bendición de los sacerdotes en el templo; toca la piel a los leprosos para que nadie los excluya de la convivencia; cura rompiendo el sábado para que todos sepan que ni la ley más sagrada está por encima de la atención a los que sufren; acoge a los indeseables y come con pecadores despreciados por todos porque, a la hora de practicar la compasión, el malo y el indigno tienen tanto derecho como el bueno y el piadoso a ser acogidos con misericordia.

Estos gestos no son convencionales. Le nacen a Jesús de su voluntad de hacer un mundo más amable y solidario en el que las personas se ayuden y se cuiden mutuamente. No importa que, con frecuencia, sean gestos pequeños. El Padre tiene en cuenta hasta el vaso de agua que damos a quien tiene sed. Son gestos orientados a afirmar la vida y la dignidad de los seres humanos. Recuerdan que siempre es posible intervenir para sacar bien del mal que existe en el mundo.

5. Vete y haz tú lo mismo

Jesús concluye la parábola del buen samaritano con esta pregunta: “¿*Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los saboteadores?*”. El escriba le responde: “*El que tuvo compasión de él*”. Jesús le dice: “*Vete y haz tú lo mismo*”. Ahora sabemos lo que hemos de hacer: no “dar rodeos” ante nadie que esté sufriendo, abrir los ojos, mirar atentamente a tantos hombres y mujeres asaltados, robados, golpeados, abandonados en los mil caminos de la vida. Acercarnos a la cuneta, levantar a los heridos, vivir curando a los que sufren.

Hemos de entender bien a Jesús. La compasión no ha de quedar reducida a un sentimiento de nuestro corazón. No consiste en hacer de vez en cuando una “obra de misericordia”. Para evitar malentendidos y reduccionismos falsos hemos de entender la compasión como un principio que está en el origen de toda nuestra actuación, que imprime una dirección a todo nuestro ser y que va configurando nuestro estilo de vivir al servicio de los que sufren¹⁴.

Para comprender bien la compasión de Jesús hemos de diferenciar tres elementos. En un primer momento, por decirlo así, Jesús interioriza el sufrimiento ajeno, deja que penetre en sus entrañas: lo hace suyo, deja que le duela a él. En un segundo momento, ese sufrimiento interiorizado provoca en él una reacción, se convierte en un punto de partida de un comportamiento activo y responsable; viene a ser un principio de acción, un estilo de vivir. Por último, ese estilo de vida se va concretando en compromisos y gestos, orientados a erradicar el sufrimiento o, al menos, a aliviarlo.

Este estilo de vivir es lo primero en un seguidor de Jesús. Nada hay más importante. Tendremos que hacer muchas cosas en la vida, pero la compasión ha de estar en el transfondo de todo. Nada puede justificar nuestra indiferencia ante el sufrimiento ajeno. La compasión ha de configurar nuestro estilo de vivir: nuestra manera de entender los acontecimientos y de mirar a las personas; nuestra manera de relacionarnos y de convivir con los demás; nuestra forma de seguir radicalmente a Jesús.

-
- | | | | |
|---|--|----|--|
| 1 | Marcos 1, 15 | 7 | Lucas 6, 20-21 |
| 2 | Lucas 15, 11-32 | 8 | Marcos 1, 16; Mateo 11, 19// Lucas 7, 34 |
| 3 | Mateo 20, 1-15 | 9 | Lucas 15, 4-7 |
| 4 | Levítico 19,2 | 10 | Lucas 10, 30-36 |
| 5 | Lucas 6, 36 | 11 | Lucas 7, 13 |
| 6 | Los evangelios señalan repetidamente que Jesús curaba <i>“movido por la compasión”</i> . Se dice literalmente que a Jesús <i>“le temblaban las entrañas”</i> al ver sufrir a los enfermos. | 12 | Mateo 14, 14. Ver también Mateo 9, 36 |
| | | 13 | Hechos de los apóstoles 10, 38 |
| | | 14 | Ver J. Sobrino, <i>El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados</i> , Sal Terrae. Santander, 1992, 31-45 |

TESTIMONIOS

TALITHA KUM. DEL LADO DE LAS MUJERES

Entrevista a la Hna. Estrella Castalone, FMA

Hija de María Auxiliadora desde 1978, la Hna. Estrella nació en Canlubang (Filipinas) en 1949. Licenciada en Teología por la Universidad Pontificia Salesiana, trabajó con jóvenes en su país durante varios años. En 2003 desempeñó el cargo de Secretaria ejecutiva de la AMRSP (Asociación de las Superiores Mayores de Filipinas), una misión que poco a poco la puso en contacto con personas involucradas en la defensa de las mujeres y niños víctimas del tráfico de seres humanos. Desde 2010 es coordinadora de la Red Internacional de la Vida Consagrada contra la trata.

Original en italiano

¿Qué es Talitha Kum?

Es la Red Internacional de la Vida Consagrada contra la trata de personas, instituida por la UISG (Unión Internacional de Superiores Generales) en 2009. Tiene su origen en un proyecto iniciado años atrás en colaboración con la IOM (Organización Internacional para las Migraciones) y financiado por la oficina de Población, Refugiados y Migración de los Estados Unidos de la Embajada estadounidense ante la Santa Sede. Su finalidad es compartir y optimizar los recursos que posee la vida religiosa para favorecer intervenciones de prevención, sensibilización y denuncia del tráfico de personas, así como proteger y asistir a las víctimas.

¿Por qué las religiosas se interesan por la trata de seres humanos?

Nos hemos sentido interpeladas por esta “esclavitud moderna”. Como religiosas, consideramos urgente tomar posición con hechos y promover la dignidad de cada persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. El mayor recurso de la vida religiosa lo constituyen las propias religiosas, comprometidas solidariamente con los que sufren cualquier forma de pobreza y marginación: tocamos con las manos humillaciones, sufrimientos, tratos inhumanos y degradantes infligidos a tantas mujeres, varones y niños. Las organizaciones criminales que los explotan están altamente organizadas y bien coordinadas entre sí. Por eso era necesario unir nuestras fuerzas y construir una red igualmente estructurada, para poner en relación a aquellas de nosotras que trabajan en los países de origen del tráfico con las que están en los países de tránsito o de destino. Sólo así es posible prevenir y denunciar, para evitar que las personas se conviertan en una “mercancía”.

¿Qué redes locales forman parte de Talitha Kum?

Actualmente hay 21 y representan a todos los continentes. Son religiosas que operan en Irlanda, Australia, Portugal, Canadá, Nigeria, República Dominicana, Albania, Indonesia, Brasil, Holanda, Rumania, Sudáfrica, Italia, Tailandia, India, Filipinas, Alemania, Kenia, Senegal, Perú.

¿En qué frentes está presente Talitha Kum?

En muchos, porque las realidades implicadas en el fenómeno de la trata de personas son muy diversas. Establecemos contratos y trabajamos en red con otras organizaciones sociales, civiles, religiosas y políticas interesadas por erradicar la trata; optimizamos y compartimos recursos para reforzar la prevención, la sensibilización, la denuncia del tráfico de personas y la protección de las víctimas; trabajamos en el frente educativo y formativo para despertar la conciencia y la opinión pública con respecto a este fenómeno; apoyamos e intensificamos iniciativas de formación, denuncia y asistencia.

¿Cómo realizan su misión?

Fundamentalmente, formando a las religiosas, enseñándolas a intervenir estratégicamente sobre las causas y efectos de la trata. Ya hemos organizado seis cursos de formación a nivel internacional, con la participación de más de 600 hermanas. Por otro lado, es importante asegurar la comunicación entre miembros y el intercambio de investigaciones, buenas prácticas, experiencias, recursos humanos y materiales para la lucha contra la trata, y ofrecer al público informaciones útiles sobre las diversas actividades e iniciativas. También lo hacemos tomando posición públicamente y haciendo declaraciones en concomitancia con eventos internacionales que inciden en la movilidad de las personas. Por ejemplo, fue significativa la campaña contra la trata que lanzamos durante el Mundial de fútbol en Sudáfrica. Finalmente, apoyando las iniciativas locales impulsadas por las religiosas para sensibilizar al fenómeno, trabajar en la prevención y denunciar el tráfico.

¿Quién forma el equipo de Talitha Kum?

Lo integran varias religiosas y un laico, Stefano Volpicelli, representante de la OIM. Para la formación, colaboramos estrechamente con expertos laicos y laicas del sector, que aportan elementos de investigación, metodología, estrategias de acción e intervención jurídica. El principal desafío para la nuestra Red es coordinar y apoyar los programas de los miembros, dada la escasez de los recursos disponibles, tanto económicos como humanos. Por eso, ¡si alguien quiere ayudar, la puerta está abierta! En cambio, la colaboración efectiva con religiosos y sacerdotes no es por el momento más que un sueño...

¿Nos puede hablar, en cifras, del tráfico de seres humanos?

En 2010, el *Informe sobre el Tráfico internacional de personas* elaborado por las Naciones Unidas estimaba que, cada año, entre 800.000 y dos millones de

personas son víctimas de la trata: el 66% de ellas son mujeres, el 12 % varones y el 22 % niños o menores. La explotación sexual es su forma más común (79%), seguida por el trabajo forzado (18%), la mendicidad y el tráfico de órganos.

Un tema aparte es el tráfico de menores...

El tráfico de niños es desgraciadamente la tercera actividad criminal del mundo. Sus formas más frecuentes son el raptó para adopciones internacionales ilegales, los matrimonios forzados, el reclutamiento militar y bélico, el trabajo doméstico, las prácticas ocultas: en octubre de 2011, ¡casi 400 niños de Uganda fueron trasladados a Europa para prácticas de brujería! Es necesario proteger a los menores cuando ocurren calamidades naturales, o bien cuando en la familia el padre o la madre, a veces los dos, emigran por razones de trabajo. Ese quedarse “solos en casa” contribuye a su vulnerabilidad: carentes de afecto y de atención, son más propensos a confiarse a personas, aunque sean desconocidas, que les ofrecen lo que no tienen.

¿Cómo es posible que aún haya quien se deje engañar y caiga víctima del tráfico de personas?

Parece mentira, pero es así. Un elemento a considerar es la dificultad para ayudar a las propias víctimas, porque les resulta penoso cooperar denunciando lo que les ha pasado. Se sienten “culpables”. Otro aspecto es la incidencia de la informática. Con Internet todo es más fácil: el comercio, la comunicación, la educación, los intercambios culturales, el mercado, los viajes, y desgraciadamente también el tráfico de personas. Si hace unos años los traficantes eran físicamente visibles, hoy “intercambian” a miles de personas escondidos en el anonimato que Internet favorece.

¿Qué aspectos hay que tener presentes para contrarrestar la trata desde la óptica preventiva de la educación?

Nuestro sueño es erradicar esta esclavitud moderna. Pero desgraciadamente, el análisis del escenario mundial confirma que no hay una disminución significativa sea de la “oferta” (las víctimas) sea de la “demanda” (los que las explotan): la vulnerabilidad de las víctimas es cada vez mayor. Sólo con intervenciones preventivas más eficaces podríamos frenar los riesgos. En cambio, gran parte del trabajo de las religiosas involucradas en este campo de apostolado está dedicado a la protección, la asistencia y la rehabilitación de las víctimas. Nos situamos en la línea del “rescate”, nuestro trabajo es más bien “reparar los destrozos” causados por los traficantes en la dignidad de las personas. Pero no se trata sólo de “salir” del infierno de la trata, sino de dar oportunidades para que mejoren las condiciones de vida tanto en los pueblos como en las ciudades, para que los padres y las familias puedan “proteger” a sus niños y adolescentes. Por último, es urgente, en los programas de nuestros centros educativos y escuelas, incluir temas que traten de este fenómeno, e informar con claridad sobre lo que está detrás de esta plaga moderna.



LA VIDA DE LA UISG

- * El pasado 23 de Abril, directivos de UISG y USG tuvieron un encuentro con los representantes de las **religiosas y religiosos norteamericanos** (LCWR y CMSM) con ocasión de su visita a Roma y pudieron compartir fraternalmente con ellos, pocos días después de que la LCWR hubiera recibido la sorprendente “valoración doctrinal” por parte de la CDF. Las Hermanas a su vez han celebrado su Asamblea anual en St. Louis en el mes de Agosto y en ella ha sido nombrada presidenta electa Sr. Carol Zinn, SSJ. El discurso final de la pasada presidenta Pat Farrell va publicado en esta misma revista. Para compartir la riqueza de dicha asamblea, en la sede de UISG en Roma se ha celebrado el 5 de Noviembre un panel con la Presidenta Mary Lou Wirtz y otras hermanas que participaron en dicho evento.
- * Una comisión creada para promover el proyecto **Regina Mundi in Diáspora** (Becas UISG para estudios teológicos) se ha puesto en marcha en los meses de Junio a Septiembre para dar respuesta a las solicitudes recibidas. Un total de 32 becas han sido asignadas en 2012. La convocatoria para Becas RMD 2013 se enviará en el próximo Boletín del mes de marzo.
- * En el pasado mes de julio, la Hna. Anne Gill, ODN, en nombre de la UISG, ha participado en un **Encuentro Internacional e Interconfesional de Religiosos y Religiosas** (EIIR) que ha tenido lugar en Pomeyrol (Francia). Sesenta participantes reflexionaron sobre un tema realmente ecuménico: “*¡Escucha! Dios nos habla... La Palabra de Dios para la vida del mundo*”. La liturgia celebrada según las distintas tradiciones de fe y el diálogo en un ambiente de apertura y amistad hicieron posible una experiencia verdaderamente ecuménica.
- * En los últimos meses se han celebrado numerosos **capítulos generales**. Son una estructura colegial que renueva la vida religiosa y en consecuencia a toda la Iglesia. A nuestras oficinas van llegando los nombres de las hermanas elegidas para desempeñar el servicio de animación congregacional, a las que deseamos todos los dones del Espíritu. El Consejo Directivo de la UISG invitó el pasado 15 de Noviembre a las que residen en Roma a pasar una tarde en nuestra sede junto con sus nuevas consejeras con el fin de presentarles la Unión, las posibilidades de encuentro que se les ofrecen en Roma e iniciar nuevas relaciones entre las que comparten la misma misión. Para las que no residen en Roma se tendrá un encuentro en la mañana del 3 de Mayo, antes de la apertura de la Asamblea.

- * *La Coordinadora de Teólogas Italianas* ha celebrado del 4 al 6 de Octubre un Congreso con el tema: “**Las mujeres hacen relectura del Concilio**”. Dicho congreso, que ha sido apoyado por la UISG y dado a conocer a todos sus miembros, ha contado con la participación de 70 teólogas religiosas entre las 200 participantes. Han hecho memoria de aquellas 23 mujeres que participaron en el Vaticano II, de las cuales 11 eran religiosas.
- * Al **Sínodo de la Nueva Evangelización** han sido invitadas, además de otras mujeres, laicas y religiosas, ocho superiores generales miembros de la UISG de diversas nacionalidades. Dos días antes de iniciarse, se reunieron para compartir sus impresiones sobre el *Instrumentum laboris* y acordar algunos puntos sobre los que llamar la atención, especialmente los referentes a la mujer y a la mujer consagrada en la Iglesia.
- * En el mes de noviembre ha tenido lugar el **Consejo de los 18**, en el que 9 + 9 superiores/as generales de congregaciones misioneras se reúnen con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (Propaganda Fide) para tratar temas de mutuo interés. En la pasada reunión se ha continuado reflexionando sobre la *Vida religiosa en África*, esta vez sobre el *Voto de Castidad: luces, sombras y retos*. Por parte de los religiosos han intervenido el P. Richard Baaworb, superior general de los Misioneros de África, y la Hna. Nenzili Mboma, FMM, directora de Sedos.